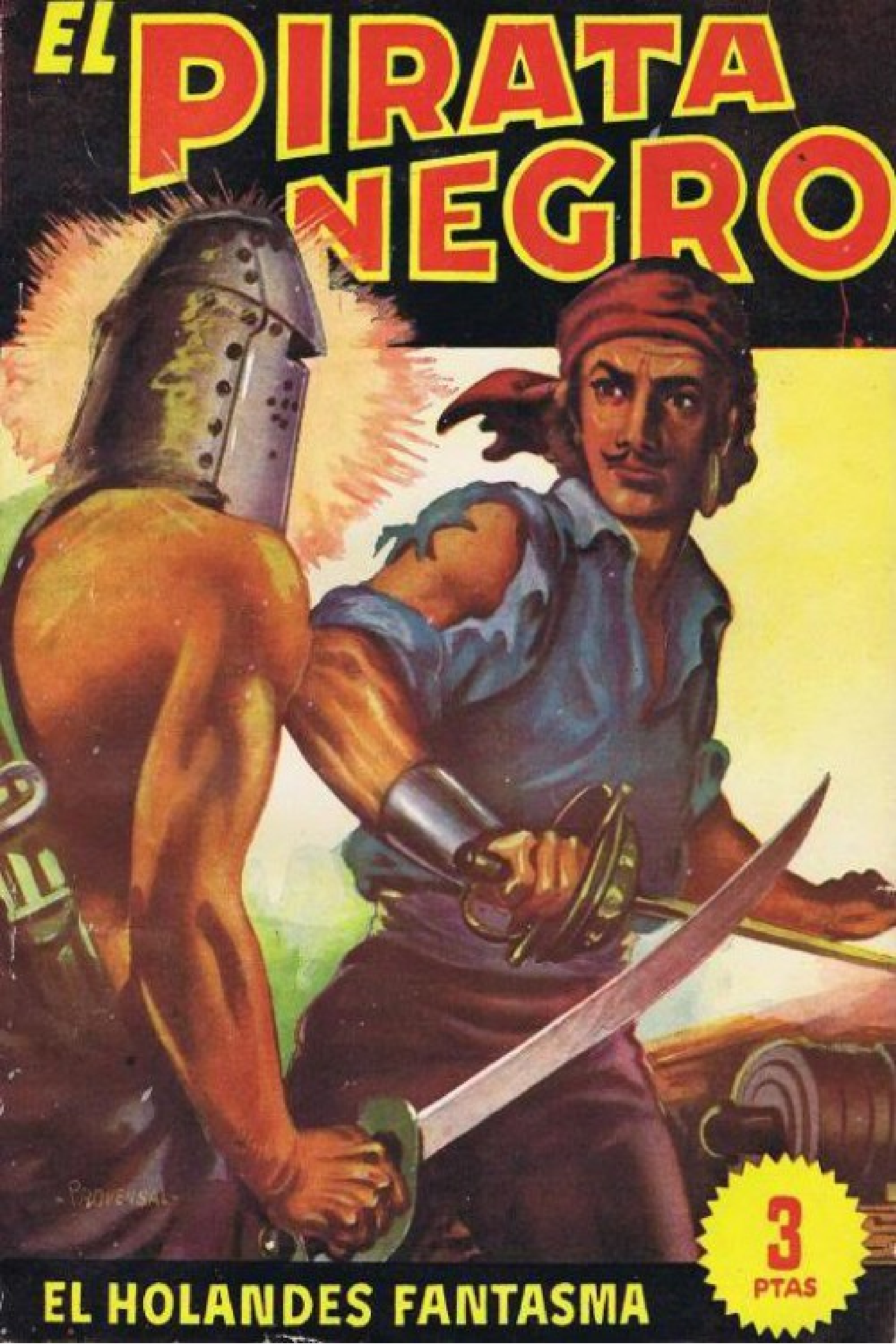
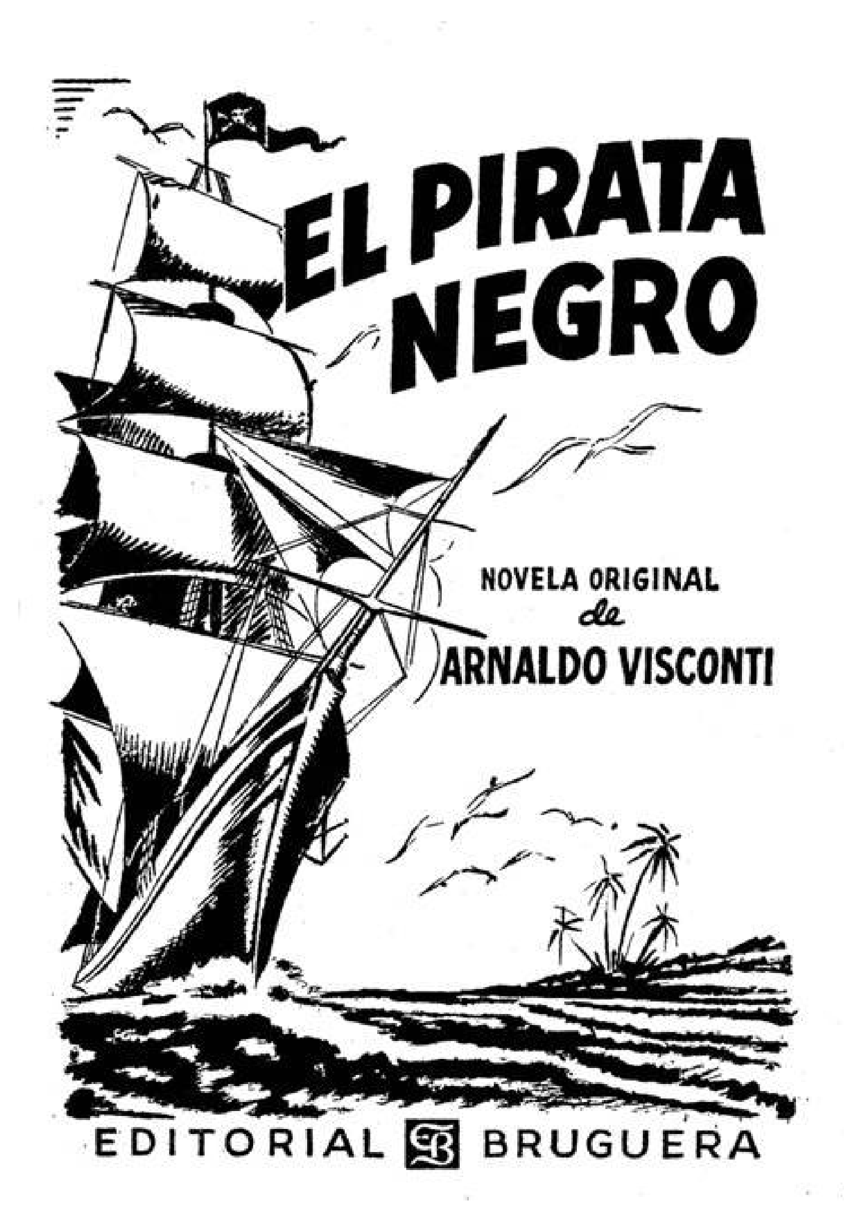

EL PIRATA NEGRO
PROVENSAL
3 PTAS
EL HOLANDES FANTASMA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El holandes fantasma

Colección El Pirata Negro n.° 23

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


El holandes fantasma

CAPITULO PRIMERO

Una leyenda

El Océano parecía interminable, y se extendía sin límites, enmarcado únicamente por el horizonte.

Las dos naves que avanzaban lentamente y a poca distancia, aparecían aureoladas por el halo luminoso del sol. Una de ellas era un poderoso bergantín de recia estampa elegante, y a su proa, hacia babor, un esbelto velero mantenía las velas izadas a medias, para permitir que el bergantín, más lento, pudiera seguir su estela.

Poco a poco, el agua hízose, de netamente azul que era, verde obscura, y a media tarde el mar quedó convertido en una vasta alfombra tachonada de arabescos de un color pardo amarillo...

El “Aquilón” y el “Madriles” acababan de entrar en el Mar de los Sargazos.

El Mar de los Sargazos: un inmenso tapiz moteado de algas, varechs y fucus que se mantienen en la superficie por sus vesículos, y dan la impresión de una fantasía caprichosa de algún decorador persa...

El Océano parecía un vivero de extraños peces de piel aceitosa, que se retorcían y se adherían a los flancos de los dos navíos, oponiéndoles una tenaz resistencia y disminuyéndoles la marcha.

Sentado en la borda, y asiéndose al remate de una escalera de cuerda, un muchacho de seis años examinaba intrigado el curioso espectáculo.

—Parece que navegamos sobre sopa, padre.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, miró a su hijo.

—Esta sopa se llama el Mar de los Sargazos. Ha soportado muchas naves, y tiene muchas leyendas.

—Leyendas, ¿son consejas como las que cuenta “Medio Brazo”?

—Sobre poco más o menos, sí.

—Cuéntame una leyenda del Mar de los Sargazos.

—¿Quieres estremecerte y palpitar oyendo la narración que en las noches tempestuosas hace que se ericen los cabellos de los pescadores? Figúrate, hijo, que en vez de este sol que te calienta los miembros, se ha acercado la noche, obscura y lóbrega, mientras cruje el navío y las poleas cantan sus melodías chillonas y discordantes, y el viento silba su espanto a través de las cuerdas, haciendo restallar las velas… Y en los rincones obscuros y sombríos, aparecen pálidas figuras, suplicantes a veces, amenazadoras otras… Son figuras translúcidas, con largos cabellos flotantes y revueltos por los vientos de siglos… Y susurran estremecedoras palabras… Son fantasmas.

Lezama miró de reojo a su hijo, pero Carlos de Ferblanc y Heredia, engalló la cabeza.

—No les tengo miedo, padre. Me dijiste que no hay fantasma que resista a un garrotazo, que son invenciones de gente supersticiosa y cobarde.

—Al sol, hijo mío, nos reímos de nuestros temores nocturnos. Pero el manto de la noche da al hombre pánicos infantiles. Y existió en el Mar de los Sargazos un fantasma. Era éste el dominio del Holandés Volador…

—Tú lo mataste, ¿verdad, padre?

—Yo no mato más que mosquitos cuando me pican, caballerete. Los que matan a quien no le busca el corazón, son asesinos, ¿sabes?

—Bueno. Y ¿viste al Holandés Volador?

Carlos Lezama entrecerró los párpados, evocando:

—Hace muchos años de lo que voy a contarte, hijo. Mandaba yo por entonces mi primer barco, un velero que se hundió en el bajo Yucatán. Estábamos aproximadamente por estos mismos parajes, cuando el viento refrescó. Hice comprobar la solidez de las estibas, y amarrar todo lo que pudiera moverse, en evitación de desgracias entre los tripulantes, y tomé todas las precauciones necesarias, ya que se acercaba un huracán. Toda la noche, el velero gimió azotado por la tormenta. El amanecer nos reservaba una extraña sorpresa…

—¿El Holandés Volante?

—La impaciencia estropea la existencia, y quita emoción a las leyendas, caballerete. Cuando amaneció, estábamos bajo un cielo

plomizo que daba al día un aspecto amarillento enfermizo y sucio. Apenas veíamos lo suficiente para reparar nuestras lonas desgarradas. Parecía como si durante la noche hubiéramos salido del mundo corriente para entrar en otro planeta lúgubre y siniestro, como deben de ser las proximidades de las puertas del infierno.

—El infierno es el lugar adonde van los hombres malos, ¿no, padre?

—Eso es. Procura tú que no te preparen allí una caldera.

—Gaby dice que rezando todas las noches: “Soy bueno y siempre seré bueno”, los diablos se muerden el rabo furiosos. ¿Y qué pasó, padre, cuando amaneció?

—El espectáculo me impresionaba. No lo puedo negar. Era yo entonces un mozalbete de diecinueve años, y los marinos me habían contagiado sus supersticiones. También mis hombres hablaban, impresionados, en voz baja y con bisbiseos. Nada aplasta más que esos amaneceres brumosos, donde apenas se distingue el mar a veinte brazas. Parecía como si la desgracia rondase... Se tiene calor y, sin embargo, se estremece uno, sin saber los motivos.

—¿Como cuando tengo que darte el látigo para que me azotes? Tengo frío y tengo calor a la vez...

—Tú lo has dicho. Pero los azotes se notan, ¿verdad, mocito? Dan más frío las cosas que no se perciben, aunque se teman. De pronto, la voz del vigía anunció un navío a estribor y con la proa hacia la nuestra. Oteé con el largavistas hasta ver un barco que se acercaba, pero sin ninguna vela desplegada, y, por lo tanto, a pequeña marcha. Extrañé que no izase sus velas, puesto que no había calma chicha, y podía maniobrar. Venía hacia nosotros sin vacilación, pero tuve la impresión de que el viento se había puesto de acuerdo con la corriente para mantenerle en la ruta que seguía.

El Pirata Negro apoyó una mano en el redondo y robusto hombro del niño.

—A medida que se iba acercando, se descubría mejor lo que ocurría a su bordo. Mejor dicho, se descubría que no pasaba nada, por la sencilla razón de que puentes y cubierta estaban desiertos. No se veía alma alguna, y era un espectáculo que helaba la médula ver aquel velero con las vergas desnudas, así como sus mástiles: Una espacie de esqueleto de navío que navegaba solitario por el Océano...

El Pirata Negro hablaba gravemente, en tono contenido. Carlos de Ferblanc y Heredia rió.

—¿Os carcajeáis, insecto? No creo que os reiríais si vierais en vuestro camarote un escabel desplazarse por sí mismo, sin que nadie lo arrastrase ni empujase. Como te decía, incrédulo bellaco, no había velas en el barco. Ni un gato en los puentes... Uno de mis tripulantes, un católico irlandés, se persignaba velozmente. Los otros estaban tan inquietos como él, y les oía jadear. Cuando el extraño barco estuvo más cerca, a una media milla, me di cuenta de que había poseído velas y lonas, pero tan sólo quedaban de ellas jirones que colgaban a lo largo de enmohecidas poleas. Los cabos estaban deshilachados y pendían a lo largo de los mástiles. Sin embargo, el casco parecía en buen estado. Supuse que sería un barco a la deriva, cuyos tripulantes lo habrían abandonado, y maniobré para pasar a popa de la extraña embarcación solitaria.

—¿Y salió de pronto el Holandés Volador?

—Todavía no asomó. Cuanto más se acercaba el barco, más se confirmaban nuestras aprehensiones: Acabábamos de darnos cuenta de cuál era la naturaleza de los extraños objetos que a distancia nos habían parecido bastones, bolas y anillos blancos diseminados por las mesanas y los puentes. Eran esqueletos, que nos miraban con sus ojos vacíos y riendo con su atroz risa...

Carlos de Ferblanc encogió la cabeza entre los hombres y se mordió el pulgar...

—El pánico se apoderó de los tripulantes, quienes gritaban temblando que no nos acercásemos a aquel navío infernal, porque nos acarrearía la desgracia. Yo estaba también asustado, y para mí, igual que para los demás, aquel barco se me antojaba que poseía algo sobrenatural. Pero mi honrilla de nuevo capitán me obligó a simular que no tenía miedo. Seguí, pues, ordenando al timonel que se acercase al barco solitario. Alcanzamos, a una docena de metros, aquel osario errante. No había ningún cartel que nos permitiera conocer su nombre, y mientras pasábamos a lo largo de su babor, nos dimos cuenta de una cosa extraordinaria, inexplicable.

—¿El Holandés Volante?

—El barco en su totalidad, desde el puente hasta la cúspide de los mástiles, parecía haber ardido por efecto de algún soplo vomitado repentinamente por el infierno, y que había debido de

devorar velas y cuerdas. Todo estaba calcinado y ennegrecido, pero sólo superficialmente, demostrando que no había existido un verdadero incendio, ya que nada estaba destruido por completo, y el barco navegaba entero, aunque la superficie de su estructura estaba carbonizada. La posición de los esqueletos me hiso pensar que aquellos tripulantes habían sido misteriosamente fulgurados en conjunto por un solo rayo. El aspecto del puente-cementerio era tan alucinante, que incrementó el terror ambiente entre mis hombres, comunicándomelo a mí. Di orden de abandonar apresuradamente aquella latitud a toda, vela.

—¿Y el Holandés Volante?

—Quizás debería yo haber hundido aquel barco, y dar, así, sepultura marina a los pobres huesos sin vida. Pero en el mando de un barco, a veces, el capitán tiene que respetar las supersticiones marineras, y el estado de espíritu de mis tripulantes no hubiera consentido que nadie, ni yo mismo, colocase el pie en cubierta ni llevase una mano hacia los macabros restos. Con gran alivio de todos, di, pues, la orden de escapar a toda vela, y al virar, vimos a la ruina del barco aquel alejarse bajo el cielo plomizo, llevándose consigo su secreto. Empezaba a difuminarse en el aire brumoso, cuando oí discusiones comentando aquel extraño encuentro. El irlandés vociferaba que era el barco del Holandés Volante y aseguraba que su sombra se veía muy claramente encima del puente calcinado y cubierto de esqueletos...

—Tú, ¿le viste al Holandés Volante, padre?

—Hay algo llamado “alucinación colectiva”. Mis hombres distinguían en el lejano barco, tripulantes fantasmas, formas transparentes que maniobraban... Y los describían tan bien, entre temerosas exclamaciones, que yo, al cabo de unos instantes, también las vi... “Vi” apoyarse contra el mástil central a un gigante de revuelta cabellera flotante y rubia, y rostro llameante... Era el Holandés Volante. Una alucinación de un amanecer de bruma; un pánico colectivo; un engendro de nuestras imaginaciones supersticiosas y asustadas... Una leyenda, hijo mío.

—¿No existe, pues, el Holandés Volante?

—Tan sólo en la imaginación de todo aquel que surca el Mar de los Sargazos o cualquier ruta del Mar Caribe. Dicen que el verlo trae mala suerte... Yo me reí al oírlo decir así al irlandés... Al amanecer

siguiente...

—¿El Holandés Volante?

—...mi velero se estrelló contra un arrecife traidor en el bajo Yucatán. Tan sólo yo pude salvar la vida... Ha terminado la leyenda, hijo.

—Tengo hambre, padre. Es ya la hora de la merienda.

Carlos Lezama palmoteó la mejilla bronceada de su hijo.

—Me alegra tu comentario final a mi leyenda, Carlos. Demuestra que eres un buen cacho de bruto, un mozo sano, sin supersticiones. Y yo procuraré que sigas pensando que lo más importante es comer, pero comer con modales y siendo un caballero instruido. A eso vamos, hijo: A buscar un remanso de paz, donde puedas crecer honesta y gentilmente para ser el día de mañana un cumplido caballero que honrará años viejos.

—Dice mi padrino que cuanto más bruto sea yo, más hombre seré; y yo quiero ser el hombre más hombre de todos los hombres.

—“Cien Chirlos” tiene a veces comparaciones acertadas, pero otras no. El hombre debe ser levemente bruto, pero sin exagerar. En fin, ya tendrás otro maestro mejor que “Cien Chirlos” y yo.

Asiendo la mano de su padre, Carlos de Ferblanc descendió en su compañía hasta la sala capitana. Cuando el niño terminó de merendar dijo:

—¿Puedo ahora ir a jugar con Gaby?

—Sí. Pero recuerda lo que ya otras veces te he dicho. Si pegas a Gaby, te azotaré.

—Nos pegamos de mentirijillas. Claro que como yo “la puedo”, pues siempre gano—dijo con ufanía el niño.

—Si volvéis a repetir tal frase, os endilgaré media docena de bofetones en los labios, malandrín—dijo el Pirata Negro frunciendo el entrecejo.

Carlos de Ferblanc agachó la cabeza, sorprendido y asustado.

—¿Qué hice, padre? No comí con los dedos, ni me limpié los labios con el faldón de la camisa...

—Acabáis de expresar una opinión propia tan sólo de un hombre cobarde.

—¿Yo, cobarde? ¿Yo?

—Habéis dicho que pegáis a Gaby porque podéis ganarla sin peligro. Aparte de que a una dama nunca hay que pegarle, el

hombre que pelea sabedor de su superioridad sin dar ventaja al más débil, es un cobarde... Cuando yo tengo ante mí un hombre más débil, lucho con la izquierda si es a espada; y si es a puño desnudo, le doy ventaja.

—Entonces... pegaré a Gaby con una sola mano, ¿no, padre?

El Pirata Negro arqueó las cejas en busca de otro argumento.

—¡Mil rayos! Ni con una mano ni con una flor debéis golpear a una mujer. Si me entero de que habéis reincidido, os las entenderéis conmigo, bergante.

—No reincidiré más, padre...—y tras un instante de reflexión, preguntó el niño—: ¿Qué es eso de “reincidir”, padre?

—Repetir una mala acción. Por tanto, no debes volver a zarandear a Gaby.

—No lo haré, puesto que tú me lo mandas. Pero..., ¡es que ella quiere siempre tener razón, ea!

—El Creador hizo a la mujer físicamente más débil que al hombre, pero la dotó de un cerebro que la hace discutir aviesamente. Y discutiendo con ellas, siempre hemos de salir perdiendo. Por eso, el caballero galante como yo, les, da siempre la razón y se calla lo que piensa, y hace lo que quiere. Bien, hijo; oigo ya la voz del vigía... Se acerca la lancha que del “Madriles” viene a buscarte.

Carlos de Ferblanc avanzó, colocando sus dos maños en ambos muslos de su padre. Alzó el rostro.

Los dos besos en ambas mejillas restallaron... y el muchacho partió corriendo.

Carlos Lezama quedóse sonriendo. Siguió sonriente al abrirse una de las puertas de los cuatro camarotes que daban a la sala. Una mujer, de opulenta y estatuaria belleza, vino cojeando a sentarse frente al Pirata Ne-gro.

—Ya no empleas el bastón para andar, Mary. Tu pie está ya, pues, a punto de curarse completamente.

—Mi corazón sigue sin...

—¡Arría velas, Mary! — masculló Lezama sonriendo, pero brillantes los ojos—. Eres inglesa. No lo olvides. La tierra orgullosa de hombres inflexibles y mujeres que no suplican amores de quien no puede darlos. Además— y pegó un puñetazo en la mesa—me haces sentirme un presuntuoso imbécil que desdeña la gran fortuna

de tu querer. Yo no lo pretendí, Mary. Te tengo un afecto de amigo... Nada más... Hablemos de otra cosa.

—De tu hijo, por ejemplo. Oí tus lecciones. Eres un buen maestro. “Deja que las mujeres hablen, y tú, hijo mío, haz lo que quieras”—dijo la inglesa imitando la entonación del Pirata Negro.

Lezama rió en breve carcajada.

—Quien no escucha tras las puertas, no oye las conversaciones de los demás.

—No acostumbro hacerlo. Pero tanto tú como tu hijo tenéis unos vozarrones que convierten a todo el mundo en indiscretos, aunque no se propongan serlo.

En el umbral de la camareta apareció un atildado sujeto, manco del antebrazo izquierdo, pelirrojo y de rostro simpático. Quitóse el tricornio azul.

—Buenas y opíparas tardes tengamos los tres—saludó Diego Lucientes, mientras se sentaba—. ¿Sigue en creciente marea la linda piel de tu planta de pie, Mary?

Carlos Lezama observó con ironía al ex estudiante madrileño.

—Hasta de un pie sacas madrigal, “Medio Brazo”.

—Del tuyo me sería imposible, señor, pese a toda mi vena de poetastro —rió Lucientes—. Acércame el frasco, Mary. Veo que el señor Lezama no se olvida de mi predilección por el rico mosto de Malvasía. Hace olvidar las penas...

—¡Argumento de borracho!—replicó el Pirata Negro—. Las penas no se olvidan con el alcohol. Se matan acallándolas en el alma. Pero no quiero abrumarte con mis filosofías, de las que no haces caso, con un buen gusto que te aplaudo. ¿Has pensado en que, tanto tú como yo, somos dos pésimos ejemplares de padres para nuestros respectivos hijos?

—Gaby escribe ya algo y lee bastante. Ante ella no digo palabrotas. Le cuento leyendas...

—Y se pasa el día rodeada de marineros que ríen sus gracias, oliendo a brea y revolcándose con mi jabato entre sogas y escamas. Cuando tenga unos años más, fumará en pipa, escupirá por el colmillo y se beberá el aguardiente como quien aspira la fragancia de una rosa.

Diego Lucientes rascóse la sien, después de apurar dos copas de Malvasía consecutivas.

—Tampoco tu hijo será un prodigio de finuras. No sé dónde las aprenderá —y guiñó un ojo picarescamente—; pero el caso es que suelta palabrejas muy saladas.

—Aire de mar—replicó, seriamente Lezama, ofendido—. Yo hablo muy cortésmente delante de él.

—Cierto. Citando rayos, truenos, diablos rabudos y demás patulea.

—¿Puedo intervenir? — dijo Mary Dear con su flema característica cuando no se trataba del amor que por el Pirata Negro sentía.

—Oigamos la voz de la sensatez— acotó Lucientes, apurando otra copa.

—Estáis mutuamente celosos por demostrar que nadie os aventaja en querer dar buena educación a vuestros hijos. Y es cierto que lo procuráis, pero no es sobre un barco agitado por las olas donde vuestros hijos hallarán otra escuela que no sea la de pelear con las tormentas y los hombres.

—La mejor de las escuelas—opinó Lucientes.

—Escucha, madrileño: Siempre hablamos tú y yo de hombre a hombre. A veces hemos peleado, pero en el fondo nos tenemos amistad. Quiero hablarte con rectitud, a mi usanza acostumbrada, y lo que te escueza, apágalo con copas de vino. ¿Tú eres un bandido, sí o no?

—Lo soy, pero de categoría—dijo riendo Lucientes—. No cometo ninguna canallada.

—De acuerdo. Diriges dos centenares de hombres: Tu “Tercio de Aventureros”. ¿Quieres decirme por qué te enrolaste bajo mi mando hace años?

—Porque ya no me fiaban vino, y todos sabían que nadie podía jugar al naipe conmigo, porque siempre les ganaba. ¡Suerte que tiene uno!

—Ayudándola con trampas. Tienes estudios y eres bachiller, pero a los quince años ya asomabas la oreja del truhán que ibas a ser. Hoy podrías ocupar un sitial de magistrado-juez.

—¡Puah, qué asquito! Me has dado sed ante la idea de que he corrido tal peligro—dijo el madrileño apurando otra, copa.

—Preferiste correr aventuras, porque, huérfano desde muy niño, no tuviste el amparo, el calor y las azotainas de un padre que velase

por ti. Yo no quiero que mi hijo siga mi camino, señor Lucientes. Y tú no puedes querer que tu hija te vea a veces rezumando vino por los ojos. Tú no puedes querer que tu hija aprenda, cómo sé que está aprendiendo, a hacer trampas y fullerías con los naipes. Necesitamos que ambos vivan alejados de nosotros, en un remanso de paz que no podemos darles a nuestros bordos. He pensado que conozco un valle tranquilo, donde hay colonos pacíficos y varones sesudos que puedan servir de maestros para Carlos y Gaby.

—Y nosotros, ¿qué? Gaby es para mí una muñeca, y si me la quitan, cogeré una "perra" rabiosa de lloriqueos, como el niño al que dejan sin su juguete. Tengo ley a la que es mi hija, y quitármela es quitarme lo único sano y limpio que tengo a bordo.

—¿Crees, acaso, que a mí no me apena separarme de mi hijo? Un ruego, Mary: ¿quieres ir a encerrarte en tu camarote? Cuando me pongo sentimental, no quiero testigos.

Al quedar ella encerrada en su camarote, el Pirata Negro prosiguió:

—En nuestro poder está el hacer de ellos dos, dos seres que nos harán sentirnos orgullosos de que, si tuvimos malos principios, tendremos honrosa vejez.

—Pero, ¿para qué separarlos de nosotros? Vendemos nuestros barcos... Escucha, señor Lezama; yo soy rico, ¿sabes? Me da náuseas ser tan rico. Compramos una casa en una ciudad decente, y tendremos así a nuestros hijos cerca.

—Hazlo, señor Lucientes. Puedes lograr para Gaby la mejor de las educaciones. Preceptores, casa lujosa... Yo no. Yo soy pobre.

Diego Lucientes iba a abrir la boca para expresar la idea de que toda su fortuna pertenecía también al que hablaba, pero se contuvo.

—¡Endiablado orgulloso! —murmuró en voz baja.

—¿Decías...?—preguntó suavemente Lezama, que lo había oído perfectamente.

—Decía que... ¡como siempre, tú ganas! Vamos a tu valle; vamos a ese remanso de paz. Comprendo que separar a ambos críos haría berrear a los dos..., y se ponen muy feos cuando chillan.

—Eso, será tu niña, que tiene una boca algo regular en tamaño. Porque Carlos llora a lo hombre: Sin que lo vean. Como yo... y como tú. Bien; no discutamos más. Les llevaremos al valle que he elegido. Crecerán robustos, educándose para ser lo que deben ser:

una dama y un caballero. De vez en cuando, les visitaremos. Yo haré fortuna, y cuando tenga algún dinero…, entonces, ricachón amigo mío, quizás…, quizás veamos si adquirimos un buen palacete, y envejecemos juntos… Aunque me temo una cosa, “Medio Brazo”… Tarde o temprano, tú y yo volveremos a pelear.

—¡A fe mía que no! Yo no quiero pelear contigo, señor Lezama.

—Lo sé. Pero te gustan demasiado el vino, el naipe… y las mujeres.

—A nadie le amarga lo dulce

—Lo dulce endulza al principio, estudiante. Luego, amarga. Pero dejemos los malos augurios. Brindo por una larga calma chicha entre dos hombres que, por ser demasiado semejantes, son como el pedernal y la yesca.

—Evitaré que salte la chispa, señor Lezama—dijo Lucientes, alzando su copa—. Y, sobre todo, ahora que vamos a tu valle, donde la paz anida en un remanso.

CAPITULO II

Un remanso de paz

Los tripulantes del "Aquilón" estaban formados en tres hileras de a fondo, ocupando la borda de a babor en el entrepuente.

El velero manteníase al pairo, con las velas arriadas. Distinguíase en la lejanía el perímetro costero de un litoral...

"Cien Chirlos" y "Piernas Largas", los dos lugartenientes del Pirata Negro, manteníanse cabizbajos al frente de las tres hileras de piratas.

De pronto, "Cien Chirlos" lanzó una gutural exclamación de mando. Todos los tripulantes se cuadraron a una en la posición de firmes.

Procedentes de la sala capitana, el Pirata Negro, seguido de su hijo, llegó hasta colocarse frente a la formación expectante.

Vestía Carlos Lezama un sobrio y distinguido atavío de mosquetero español, y el atuendo del hijo diferenciábase tan sólo del de su padre en que no llevaba chambergo y no ceñía espada.

—Estamos a lo largo de la costa venezolana, mis valientes— empezó a decir el Pirata Negro—. Y en ella quedará mi hijo, porque he decidido que él sea lo que nosotros no hemos tenido la fortuna de ser: un caballero honesto. Y para que lo consiga ser, lo primero y esencial es que nos pierda de vista.

"Cien Chirlos", asintió en lenta y grave cabezada, convencido, aunque apenado por la marcha del "chaval'', del cual era padrino.

—Mi hijo os recordará con afecto— siguió diciendo el Pirata Negro—, porque supisteis comportaros dignamente cuando él estaba presente. ¡Un saludo de despedida al que se va!

En el aire revolotearon, en tres sucesivos impulsos verticales, gorros de lana, tricornios remendados y corcusidos chambergos...

—En mi breve ausencia, mis dos lugartenientes mantendrán el velero esperándome. Si cruza algún barco español o navío que quiera combate, el "Aquilón" rehusará el luchar, manteniéndose. alejado, que para eso es el bajel más ágil y maniobrero de todo el Caribe. Y ahora, buen mozo— dijo el Pirata Negro, mirando a su hijo, que le escuchaba con la misma atención que los tripulantes— di unas palabras de despedida a mis valientes... .

El niño carraspeó y adoptó la favorita postura paterna, apoyando los puños en la cintura con los codos en jarras.

—Bueno, mis valientes... de mi padre—gritó con fuerte voz, de timbre más grave que el que correspondía a su edad—. Me voy porque mi padre me dijo que, si no me iba por las buenas, me iría a la fuerza y amarrado. Y yo obedezco a mi padre. Me voy, pero me acordaré siempre de vosotros porque sois muy brutos.

—No les adules, hijo mío.

—Digo que sois muy brutos, porque "Cien Chirlos" dice que los que somos muy brutos no somos malos. Y yo no seré malo ni quiero que vosotros lo seáis, y...—dió un taconazo en el suelo—¡no quiero lloriquear, ea! Vamos, padre, que noto en la garganta algo extraño, ¿sabes?

Volvieron a ondear los cubrecabezas de los tripulantes del "Aquilón'' al ir descendiendo padre e hijo por la escalerilla hacia la lancha atracada al costado del velero.

Alejóse la lancha hacia el bergantín que, también al pairo, aguardaba a un cuarto de milla.

Poco después, padre e hijo pisaban la cubierta del bergantín.

—Vete a visitar a Gaby, buen mozo—ordenó el Pirata Negro.

Lezama y Lucientes quedaron a solas en el puente de mando.

—¿Y Mary?—preguntó el madrileño, con interés.

—Quedóse a bordo del "Aquilón". Así como la línea de mi velero podría ser reconocida por algún español del poblado de Angostura, también Mary Dear podría ser identificada como la célebre aventurera que luchó con los Tercios españoles. Y por eso no viene y es también por eso por lo que para el viaje a Angostura elegí tu bergantín.

—Cuyo mando te entrego, señor.

—No. Tuyo es, y tú mandas en lo tuyo. De ti aprovecho la parte decente. Las olas del Caribe habrán ya hablado y en todas las

posesiones españolas sabrán que un capitán libre y aventurero, madrileño y pelirrojo, lenguaraz y manco, ha sido quién, por dos veces, ha salvado Puerto Rico defendiéndolo contra los ataques de filibusteros y piratas.

—No me negarás, señor, que de vez en cuando conviene que yo haga tonterías—dijo riendo Diego Lucientes—. Así, ahora, en tu remanso de paz del poblado de Angostura, seremos recibidos con cordialidad.

* * *

El bergantín avanzaba majestuosamente por el ancho caudal del delta del Orinoco.

La brisa era suave y aromatizada, y relucía esplendoroso el sol de aquel mes de mayo del año de gracia de 1709.

Sobre ambas riberas apiñábanse densas selvas, donde destacaban las gigantescas palmeras, por las que se engarzaban orquídeas.

Pululaban en todas las ramas múltiples y variadas especies de simios que chillaban agudamente al paso del bergantín. Algunos, más irritados, intentaban vanamente lanzar contra él frutos que arrancaban de los árboles en que saltaban excitados y castañeteando los dientes.

De vez en cuando, aparecía lentamente, acercándose a beber, un corpulento oso de pelaje parduzco, con el que alternaban sin recelo los “azaraes”, especie de perros salvajes de hosca mirada furibunda, y agudos colmillos.

Por fin, distinguióse en un recodo del río una extensión cultivada por la mano del hombre, que había desbrozado la selva y construido caserones y un rústico desembarcadero.

Era un pequeño poblado, donde a lo sumo habría un centenar de casas de madera; pero a lo lejos la llanura extendíase en fértiles campos cultivados, y a trechos veíanse caserones...

—El valle de la Angostura—anunció Lezama—. Los que lo habitan son colonos españoles, y viven en buena confraternidad, cultivando sus campos y no envidiando a nadie, porque la paz y el sosiego habitan en Angostura, gracias a un hombre, ante el que, señor Lucientes, te pido moderes tu lenguaje y que le trates con el mayor de los respetos, como yo pienso hacerlo.

—¿Y quién es ese caballero que logrará ese milagro?

—Tú lo has dicho: Logrará el milagro de que tú y yo nos

comportemos como personas dignas, porque es un santo, y no alardea de serlo, sino todo lo contrario. Es llano y campechano. No le conozco personalmente, pero me hablaron de él, y por boca de un hombre a quien doy crédito. Se llama fray Luis; es un franciscano.

* * *

Luis Trujillo era un alto y enjuto varón, cuya delgadez parecía acentuarse por la raída saya con que cubría su cuerpo.

El largo rostro ascético terminaba en una corta barba blanca, y su cráneo calvo brillaba pulimentado por la intemperie.

Tras muchos años de lucha paciente, había logrado su propósito de convertir el que antaño fuera un poblado de buscadores de oro que vivían entre continuas reyertas, en un lugar donde sólo residía gente pacífica dedicada al cultivo. Y le enorgullecía que el valle de Angostura fuese llamado "un remanso de paz".

Habitaba un mísero barracón instalado junto al desembarcadero. Y cuando fué visible la gallarda silueta del bergantín, todos los que estaban en los campos acudieron a agolparse ante el portal de quien era para ellos el sabio consejero, y, a veces, el duro y eficaz reprendedor.

—Volved al trabajo — dijo fray Luis—. No os alarme la presencia de este barco. Si quiere lucha, no tendrá con quién pelear, y poco le atraerán las hierbas que crecen en una tierra donde todo brota en abundancia.

Obedecieron, como siempre, todos los oyentes, y poco después el bergantín se inmovilizaba junto al desembarcadero.

Sólo bajaron dos hombres, elegantemente ataviados y de porte arrogante y marcial.

Fray Luis, estático, con los bracos cruzados y las manos ocultas en las anchas mangas del sayal, aguardó tranquilo.

De los dos recién llegados avanzó el más alto y hercúleo: Un hombre moreno de perfil atrevido y mirada negra e insolente, que, sin embargo, se dulcificó al detenerse ante el franciscano.

—Buenos días tenga vuesa merced, fray Luis.

—Buenos días nos dé Dios, hermano. ¿En qué puedo servirte?

—Me llamo Carlos Lezama, y mi compañero, Diego Lucientes, es el capitán y propietario de la nave que veis, fray Luis. Desearíamos pediros un señalado favor, asimismo como rogaros que no extrañéis nuestra petición.

—Pasad. Sólo os puedo ofrecer vino de hierbas y torta de maíz. No dispongo de alacena propia. Me alimentan mis hermanos de Angostura.

Diego Lucientes y Carlos Lezama entraron al interior del barracón. Sentóse el fraile y ambos visitantes permanecieron en pie delante de él.

—Aquellos dos maderos pueden soportar vuestro peso, hermanos—y al sentarse, fray Luis colocó una cantimplora sobre la mesa, delante de ellos—. No tengo vasos, pero vosotros sois soldados y marinos. Bebed a gollete y sin remilgos.

Cuando Diego Lucientes, tras prolongar su trago, dejó el último la cantimplora sobre la mesa, guiñó sin poderlo evitar.

—¡Gran vino y buenas hierbas han de ser las que lo producen, fray Luis. ¿Me daréis la receta?

—Mi amigo es algo aficionado, como yo, al buen vino—aclaró Lezama.

—Con mesura, nunca hizo daño a nadie. ¿También son españoles los hombres que mandas, Diego Lucientes?

—No, fray. Son bretones en su mayoría. Gente cristiana y de paz.

—Bienvenidos, pues. No extrañéis mi acogida; pero la vecindad en el Caribe de bandidos, corsarios y piratas, gentes de la peor ralea, atraídas por el cebo de los galeones españoles que llevan oro, inquieta a veces a mis hermanos.

—¿A Vos no, fray Luis?—preguntó con indolencia el Pirata Negro.

—El "poverollo d'Asís" confraternizaba con el lobo, señor Carlos Lezama—dijo el franciscano clavando sus ojos en los del Pirata Negro— Sin embargo, puedo decirte, señor Carlos Lezama, que si hay piratas cuyos nombres resuenan lúgubremente por el Caribe y que exterminan cruelmente, hay otros nombres que adquieren fama por su fuerza, osadía... y caballerosidad, que hasta cuando se meten a bandidos, saben serlo genialmente los españoles.

—¿Habláis de algún pirata español en particular, fray Luis?— inquirió Lezama, siempre con indolencia!

—Sí. De uno apodado el Pirata Negro. ¿Le conoces, acaso, señor Carlos Lezama?

—¿No le voy a conocer, fray Luis? Soy yo.

Diego Lucientes agarró frenéticamente la cantimplora, bebiendo un largo trago para calmarse al oír la sencillez con la que Carlos Lezama acababa de confesar su identidad.

—No quiero que veáis jactancia en mi declaración, fray Luis. Os he confesado quién soy, porque si no lo puedo remediar, prefiero no acudir al engaño. Pero ya que sabéis quién soy, lo siento. Tendré que ir a otro lugar en busca de mejor acogida para mi hijo.

Fray Luis sonrió. Señaló hacia lo alto.

—Allí te juzgarán, Carlos Lezama. Yo no soy quién para hacerlo. ¿Qué deseas de mí?

—Gracias, fray Luis—y el ceño del Pirata Negro se desarrugó— Más hombres como vos, y habría menos como yo. Tengo un hijo: Un mozo impetuoso, pataleante y bruto, pero dotado de un buen natural. Puede ser un gran caballero si vive alejado de mí. Le quiero... como creo que una madre quiere. ¿Ridículo, fray Luis, que un pirata haga tan sensibleras manifestaciones?

—Los designios del Señor son para nosotros ignorados, Carlos Lezama. Te hablo sin deseos de que interpretes mis palabras como reproche...

—De vos, padre, merezco cualquier reproche.

—Piensa que algún día tu hijo será hombre. Procura por entonces mirarle con la frente alta.

—Lo hago siempre, padre. Que ningún acto indigno he cometido nunca a conciencia.

—Bien, Carlos Lezama. No nos pondríamos de acuerdo. Quiero tan sólo decirte que si tu hijo, al crecer, ve en su padre a un hombre que ha hecho olvidar el pirata que fué, lograrás que sea un caballero.

—He venido aquí para que vos empecéis vuestra labor redentora en mi hijo.

—Tutéame, Lezama. ¿Qué quieres que enseñe a tu hijo?

—Letras, artes. Mentidle, fray Luis y Allá, en lo Alto, os perdonarán la mentira. Decidle que esté orgulloso dé mí. Yo vendré a visitarlo de vez en cuando. Que sea modesto con los humildes y engalle la cabeza con los soberbios. Que sepa que el que obra bien, cuando se acuesta respira acompasadamente y con la conciencia tranquila. Y cuando os desobedezca dadle palo, que él ya sabe que vos tenéis plena atribución para hacerlo porque me representáis.

Rió con cierta tristeza el Pirata Negro, para añadir:

—Perdonad, padre. Tuve que recurrir a esta artimaña para lograr que mi hijo os respete.

—Hicisteis bien, Lezama. ¿Qué más quieres que enseñe a tu hijo?

—Ahí viene un punto donde tampoco estaremos de acuerdo, padre. Yo quiero que mi hijo crezca robusto y sepa manejar una espada. Vos tenéis por credo tender la otra mejilla al bofetón.

—Yo soy siervo de Dios y a su servicio me dediqué. Pero tu hijo será también un siervo de Dios y como soldado puede servirle. Hay en Angostura algunos antiguos soldados. Ellos enseñarán a tu hijo todas las artes corporales de la lucha, me perdonarás si no asisto a tal lección, porque siempre que veo pelear a dos hombres, siento una tristeza muy honda.

Rió el franciscano, y Diego Lucientes le imitó.

—Padre, me sois simpático.

—¿Deseas también tú algo en que yo pueda serte útil?

—Al igual que el señor Lezama, yo tengo un hijo. Sólo que lleva faldas y es una diablesa lista como urja ardilla. Tiene seis años y sabe latín.

—Una enseñanza menos que tendré que darle—dijo riendo el franciscano.

—Quería dar a entender—corrigióse el madrileño—que me atosiga con preguntas y me pone en aprietos. Ella y el hijo del señor Lezama se quieren como hermanos, y no queremos separarlos ni podemos seguirlos teniendo a bordo de nuestros barcos.

—Las mentes infantiles son idénticas, tanto si son de niña o de varón. Procuraré en la medida de mis medios, confiar las enseñanzas que pertenezcan a mujer a la que más adecuada me parezca de Angostura. ¿Qué más deseáis?

Vaciló Lucientes, y al fin colocó sobra la mesa un bolsón de regular tamaño.

—¿Qué es eso, Lucientes?—preguntó fray Luis.

—Bien; pues, es oro. Quiero que a mi hija nada le falte...

—¿De dónde procede este dinero?

—De buen arca, señor fraile. Casé con una dama rica y enviudé. Aceptadlo sin reservas, y pagad con largueza a la señora que se cuide de mi hija.

—Sobrará mucho, a juzgar por el peso.

—Dádselo a los pobres.

—No los hay en Angostura, Aunque... acaricio una idea desde hace tiempo. Si tu dinero es honrado, y lo creo, porque hay franqueza en vuestros ademanes y en vuestros ojos, podríamos conseguir armas.

Los dos aventureros se estremecieron, sobresaltándose.

—¿Armas, señor fraile?—balbuceó Lucientes—. Creo haber oído mal.

—Has oído muy bien. He dicho armas. Porque hay una amenaza que por ser misteriosa, hace sentir a mis hermanos miedos supersticiosos que en bien de Dios, quiero evitar. Ronda la costa venezolana un ente diabólico. Le llaman el "Holandés Fantasma".

Carlos Lezama pasóse el índice por el fino bigote. Sonrió.

—No digáis que creéis en estas monsergas, fray Luis. Vos no sois un hombre de mar ignorante que dé crédito a las supersticiones. Dejad las leyendas para las viejas y los marinos.

—No soy yo quien cree en leyendas o supersticiones, ni puedo creer; pero muchos de los habitantes de Angostura, en sus viajes a la costa dicen que han visto al "Holandés Fantasma". Capitaneaba un barco donde los esqueletos reman, y un lúgubre tañido de tambores acompasa con toques fúnebres el avance del barco sin velas, en medio de fosforescentes llamas sobrenaturales. Y junto al mástil sólo se ve un cuerpo humano, que en vez de cabeza tiene una llama cilíndrica... Y le llaman e1 "Holandés Fantasma" porque le oyen cantar extrañas cadencias en la lengua holandesa... Por eso quiero armas; para defender Angostura contra el "Holandés Fantasma", que saquea y roba. A un pirata, a un corsario, no los recibiría con armas, pero a un bandido que abusa de la credulidad supersticiosa de la gente inculta...

Lezama tendió su diestra a través de la mesa.

—¿Os deshonrará estrechar mi mano, fray Luis?

—La mía es más humilde que la tuya, pirata—y el franciscano estrechó la mano ofrecida—. ¿Qué más pecador soy yo que tú? Pero para ambos habrá misericordia en la otra vida. Sé muy bien que los tales esqueletos y el "Holandés Fantasma" son ardides misteriosos.

Dónde está el misterio, no lo sé, pero no quiero que ocurra en



—No digáis que vos creéis...

Angostura como ha ocurrido en otros poblados. La gente, temerosa, pareció atacada de parálisis repentina, y el “Holandés Fantasma” saqueó a placer. Y este remanso de paz viviría del todo tranquilo sin la misteriosa amenaza del “Holandés Fantasma”, que por doquiera que va, mata a niños, ancianos y mujeres. Se ceba sobre todo en los poblados españoles.

—¿Me permitís, padre, que tenga un conciliábulo privado con

mi amigo Lucientes?

—Mientras, si os parece, subiré a bordo. Quiero conocer a vuestros hijos. Quedaos aquí... y bajo aquel cajón hay otra cantimplora, Lucientes —dijo el franciscano, saliendo y guiñando un ojo al madrileño.

—Es simpático ese fraile—comentó Lucientes al no divisarse ya el franciscano—. Me parece que si yo fuera santo, intentaría serlo a su modo. Pero, oye, señor: ¡a buen remanso de paz nos has traído con ese "Holandés Fantasma" y sus esqueletos musicales!

—Saldré en busca de ese "Holandés Fantasma".

—¿Aparece don Quijote?

—No, bachiller. Si el Holandés saquea, será rico, ¿no? Yo necesito hacer fortuna pronto. He meditado algo y me hace falta tu aprobación. Tú no quieres separarte de tu hija. Quédate con tu bergantín en Angostura. Sois doscientos hombres artillados. No se atreverán a rondar por aquí el "Holandés" y sus asesinos.

—Te advierto que aquello que no entiendo, me da un pánico atroz. Te juro que si viera aparecer al "Holandés" de marras, le acompañaría en sus músicas, pero a la española: Repicando castañuelas con mis rodillas y mis dientes.

—Tu hija podría correr peligro. Tu barco y tus doscientos hombres pueden y deben proteger este remanso de paz hasta que yo consiga dar con el misterioso "Holandés" y quitarle el misterio a hachazos...

—¿Hacemos un trato? Yo dejo mi barco y mis hombres, aquí. Y voy contigo a la caza del "Holandés".

—¿No decías que tienes miedo a lo que no entiendes?

—El tener miedo, me divierte. Además, si tú vas a aclarar el misterio dejará de serlo y, por tanto, dejaré de tener miedo. Y Gaby podrá vivir en este remanso de paz sin temor a que yo no la encuentre al regreso.

—Tu segundo es un hombre capaz, pero es bretón y supersticioso. Confío en que fray Luis le sustituya, si se presentase algún peligro por parte del "Holandés". Pero confío también en que, sabedor de que hay un bergantín poderosamente artillado, no se acercará por aquí.

De regreso del bergantín, fray Luis manifestó su opinión:

—Tu hijo es rudo y será un gran luchador, un magnífico

soldado. Habla con tu franqueza, Lezama.

—¿Os dijo alguna grosería?

—No. Me hizo el honor de decirme que él y yo éramos hombres, y, por lo tanto, nos íbamos a entender a gusto. Me preguntó si yo era bruto. Tuve que confesarle que a ratos sí, y pareció agradarle. Haré buenas migas con tu hijo. ¿Por qué se llama Carlos de Ferblanc?

—Mi padre era conde de Ferblanc. Yo nací Lezama, del nombre de una hierba panameña y sólo encontré a mi padre cuando tenía ya muchos años para sentirme conde.

—Y mi hija, ¿qué tal os pareció, señor fraile?

—Como mi vino de hierbas: espumosilla, lista... y buena. Le dió por lo fino y me llamó "excelentísimo y santo varón", sólo que debe de pensar que varón se escribe con "b" y me dió título de noble.

Los tres hombres rieron.

—Gracias por toda vuestra paciencia, señor fraile. Y ahora dadnos vuestra aprobación. No tenéis que comprar armas. Os cedo mi bergantín con toda su tripulación, mientras mi compañero, el señor Lezama y yo vamos a procurar verle de cerca la cara al "Holandés" guasón.

Iluminóse el rostro de fray Luis. Juntó las dos manos y permaneció unos instantes en silencio. Al fin, dijo con sencillez:

—Dios no querrá que hombres como vosotros mueran como réprobos. Y si tal ocurriera, en su infinita misericordia tendrá en cuenta vuestras nobles acciones.

—El segundo de a bordo del bergantín se llama Ankou Kerbrat y es un honesto bretón, padre—explic6 Lezama—. Católico, pero es una cabeza dura y supersticiosa.

—Yo le quitaré las supersticiones si el caso llega—afirmó el franciscano—. Y ahora quedo tranquilo. El valle de Angostura seguirá laborando sin miedo, al amparo de vuestro barco y de su artillería. Quiero corresponder a vuestra generosidad. Mis hermanos os cederán dos caballos, si pensáis ir por tierra.

—Aceptado. No queremos despedirnos otra vez de... los mocitos. Nos cuesta trabajo conservar los ojos secos...

—Y mi hija berrea a moco pelado. Heredó mi boca, ¿sabéis, señor fraile? Y sus gritos me ensordecen...

Cuando ambos aventureros se alejaron del valle de Angostura a

todo galope, fray Luis Trujillo trazó en el aire una muda bendición…

Y Ankou Kerbrat, que estaba a su lado, inclinó la cabeza y acompañó en su oración al franciscano.

CAPITULO III

El país del Suriname

Los tres carpinteros del "Aquilón" se dedicaron, tras la llegada del "Pirata Negro", a confeccionar pancartas, ensamblándolas con piquetes rematados en punta.

En cada uno de los toscos cartelones grabaron al buril las letras que reproducían fielmente, una a una, las que ante sus ojos grabó el propio Carlos Lezama.

Y pronto amontonáronse hasta veinte pancartas, las cuales llevaban todas la misma enseña:

"AL HOLANDES FANTASMA
SU VENCEDOR,
EL PIRATA NEGRO"

Lezama dió su aprobación cuando uno de los carpinteros fué a enseñarle la labor verificada.

Diego Lucientes leyó el desafiante letrero, que volvió a depositar sobre la mesa.

—Doy por seguro que vencerás al "Holandés", señor—comentó risueño—. Pero, ¿no te parece un poco prematuro? Has empezado la labor por el final. Después, quedaba tiempo para repartir estos letreros.

—Cada diez millas, quedará plantado en la costa uno de esos jactanciosos embustes. Embuste, porque aún sigue navegando el "Holandés". Suponte, por un instante, que lees con tus ojos una noticia que diga: "Al borrachín poetastro de Diego Lucientes, le maté yo". ¿Qué harás? Buscar al que firma tan fanfarrona mentira... Eso es lo que yo quiero. No perderé, así, tiempo buscándole, aunque he llegado también a otra conclusión: Los holandeses tienen un temperamento muy hogareño. Lejos de su patria, anegada por el

mar, se reúnen en comunidad de alegres glotones bebedores. Y ahora nos dirigimos al país del Suriname.

—¿Está eso muy alejado?

El Pirata Negro extrajo de un cajón, un grueso volumen, que tendió al madrileño. Éste leyó las letras doradas del lomo:

"TIERRAS DE INDIAS Y COMARCAS DE EXTRANJEROS".

—Lo escribió el piloto Itriago. Es muy útil. Donde he colocado una astilla, leerás cuanto quieras saber sobre la poco conocida región del Suriname.

Diego Lucientes obedeció y fué leyendo:

"El país del Suriname se encuentra al extremo oriental de la costa norte del continente, al sur de las Indias españolas, entre los grados uno cincuenta y cinco y seis grados y cinco de latitud norte, y entre los cincuenta y cuatro y cincuenta y siete de longitud oeste. Su costa está bañada por el Atlántico, y se estima que su terreno alcanza cinco veces la extensión de Holanda".

"Su río principal es el Suriname, que da nombre a la región dividida en cuatro comarcas bien diferenciadas. La primera, habitada y cultivada, es una faja de tierras de aluvión, que se desparrama todo a lo largo de la costa. La segunda, está interseccionada por arroyos de todos los tamaños y aguas alborotadas. La tercera, es una serie de sabanas arenosas, sin cultivo ni aprovechamiento, con rocas graníticas. La cuarta, es impenetrable dada la magnitud de sus bosques".

—Hacia la faja habitada nos dirigimos—comentó el "Pirata Negro"—. La historia de esta región es bastante curiosa. Léela.

"Los mercaderes holandeses empezaron a comerciar con 1a salvaje población del río Suriname hacia el 1613, estableciéndose algunos de ellos en Parmurbo, que los naturales llamaron Paramaribo. Pero no fué hasta el 1630 cuando llegaron a Paramaribo varios buques de colonos ingleses al mando del capitán Marshall.

—Ya aparecieron los bretones — sonrió Lucientes—. A la que se huelen que hay algo para aprovechar, se presentan.

Y siguió leyendo:

"Plantaron tabaco. El verdadero fundador de esta colonia de Suriname fué Francis Willoughby, quinto barón de Willoughby, de Parham, gobernador de las Barbudas, mal llamadas Barbados, quien

envió una expedición a Suriname bajo el mando de Anthony Rowse, con la misión de hallar en la comarca bañada por el Suriname un lugar conveniente donde establecerse. Anthony Rowse, que fué el primer gobernador entre los años 1651 y 1654, escribió a su esposa una carta de la que conseguimos leer un párrafo muy gracioso”...

—El piloto Itriago quiere hacernos gracias—dijo el madrileño— Me remojaré la garganta, por si acaso.

Y tras beber, prosiguió leyendo:

“...un párrafo muy gracioso, que decía: “Es comentado, por todos los que con tu esposo han venido, que nos encontramos en la más dulce tierra que nunca pisaron plantas humanas. Ríos poéticos, tierra jugosa y un tibio sol que reconforta. Contamos en cinco meses ya nuestra permanencia y entre los cincuenta y siete que somos, ni uno tan sólo ha sufrido tan siquiera de dolor de cabeza. Comentamos que el aire es tan puro y las aguas del Suriname tan buenas, que nunca hemos tenido los estómagos tan dispuestos para el trabajo. Y se come cinco veces al día: mucho pescado y frutas acuosas de olores de flor”.

—Si podían comer cinco veces al día y no sufrían dolor de cabeza ni empachos, es que tenían buenos estómagos. Pero también deduzco que los tales salvajes del Suriname nada tenían de salvajes. Sigamos viendo qué nos cuenta el piloto Itriago.

“Cuando Anthony Rowse murió, vino el propio Willoughby al frente de una numerosa expedición de colonos, entre los cuales abundaban los judíos. Y llamaron al Suriname “tierra de Willouhgby”, convirtiéndola en una vasta plantación de azúcar. Muchos judíos procedentes de Holanda, vinieron a establecerse junto a los ingleses, a los cuales se añadieron también los holandeses expulsados por los franceses del Maroni. En el año 1665, estos colonos holandeses obtuvieron una garantía especial de Lord Willoughby, que fué la primera garantía de esta clase hecha por un gobierno inglés al pueblo judío”.

—Seguro que es ahora cuando la cosa empieza a ponerse buena —dijo Lucientes mientras escanciaba otra copa.

“Por Carta Real, Carlos II donó “la tierra de Willouhgby” a Francis Lord Willouhgby de Parham y a Lawrence Hide, segundo hijo del Alto Canciller Edwards, conde de Clarendon, y a sus herederos y sucesores legítimos. Cinco años después, el almirante

holandés Crynssen, conquistó la colonia del Suriname y el fuerte de Willouhgby se convirtió en Fuerte Zelanda. Los ingleses reconquistaron el Suriname. Y un año después el propio almirante Crynssen volvía a apoderarse de la región, expulsando a los ingleses. Por la paz de Breda, se acordó que Suriname quedase en poder de los holandeses y que éstos entregasen Nueva Amsterdam a Inglaterra. Escribo estas páginas en Paramaribo en el día quince de febrero de 1678, y corren rumores de que los ingleses pretenden comprar el Suriname. Mientras, puedo afirmar que no he vivido más apaciblemente que como vivo entre esos rechonchos y rubios holandeses, amantes del bien comer y del mucho beber una rubia bebida que extraen del lúpulo. Son gente pacífica muy hogareña, que detesta la discusión y la pelea. Honrados y activos trabajadores, son, sin embargo, de mente poco despierta. Tienen un saludable aspecto y un santo temor a los españoles, a los que creen jactanciosos y pendencieros".

—¿Son los españoles jactanciosos y peleones, señor?—inquirió Lucientes bebiendo de nuevo.

—En general, creo que no. En particular, tú y yo somos demasiado semejantes como múltiples veces te he dicho. Eres, como yo, un bribón pendenciero. Eres, como yo, un insolente perdonavidas. Y, como yo, eres demasiado inteligente.

—Entonces, en el país del Suriname van a formarse una opinión errónea, de los españoles, lo cual celebro. Quedan unas líneas por leer.

"En el país del Suriname cualquier español se hará entender empleando el *bechemer* o lenguaje de los puertos, aunque son muchos los holandeses que hablan perfectamente el español. De cada cien holandeses, uno sólo es inteligente. Y éste es de temer".

—La última observación del piloto Itriago es algo insultante para los pacíficos bebedores de cerveza.

—El piloto Itriago debió de suponer que, porque el holandés no tiene nuestra facilidad charlatana, es tonto. Sin embargo, yo estimo que el "Holandés Fantasma" es soberanamente listo. Un pillo redomado, que explota la credulidad supersticiosa del marino. Y en el Suriname obtendremos informes de él. Mientras, a lo largo de la costa irán plantando mis cartelones mentirosos. El último lo plantaré yo mismo en la boca del Suriname, cuyo curso hay que

seguirlo trece millas tierra adentro hasta llegar a Paramaribo.

Mary Dear vino a sentarse junto a Carlos Lezama. Ya no cojeaba, y vistiendo un escotado y ceñido corpiño de tela azul, su belleza destacábase cautivadora.

—Puedes si quieres encontrar tierra de tu agrado en Paramaribo, Mary—comentó el “Pirata Negro”—. Allí, cualquier rico comerciante holandés será dichoso tomándote por esposa. Apreciará en ti, además de tu sin par belleza, la sensatez y el metodismo flemático de tu temperamento inglés.

—Si no sintiese por ti el amor que me esclaviza, te detestaría porque eres insultante—dijo en voz baja la inglesa.

El Pirata Negro se cruzó de brazos, tomando por testigo a Diego Lucientes.

—A ver, estudiante: ¿He dicho algo ofensivo? La cubro de piropos, y me cubre de inquina.

—En el fondo de mi copa leo la verdad — replicó Lucientes—. Mary es una estatua griega hecha carne, para maravilla de mis ojillos. Mary es miel con arrope, cubierta por una leve capa de hielo que, al fundirse, es gloria pura. Y tú, señor, manifiestas demasiados deseos de desembarazarte de ella.

—Habla la verdad en tu boca, Diego—dijo seriamente la inglesa —, por lo que a tu última frase se refiere. Sólo quise a un hombre y muchos me amaron sin que les correspondiese. Quizás por eso hallo ahora en ti mi castigo, ¡presuntuoso español pirata!

Carlos Lezama mordióse los labios, levantó los ojos al techo, y por fin habló con voz sorda:

—Tengamos la fiesta en paz, inglesa. He removido siete veces la lengua en mi boca antes de hablar. Por eso te respondo con ecuanimidad.

—No quiero tu ecuanimidad. Sueles siempre hablar tal cual piensas. Hazlo. Ten del español la bravura de sus convicciones.

—No me incites a ello, inglesa. Eres una mujer…

—Y, como tú, manejo espada y pistola, pese a mis faldas.

El Pirata Negro rió con seca carcajada.

—A eso llegamos. Eres bella, fascinadora…, pero ¿no recuerdas ya lo que ocurrió en Quelch?[1].

—Lo arrasaste.

—Y no te colgué porque, siendo pirata eres leal. Pero no puedo

amarte, porque... atraías a los hombres a la Tumba de los Caballeros.

—Si me crees leal, bien sabes que no quiero descargar culpas en quien murió al decirte que era Ana Honey la que los mataba.

—Y tú... quien servía de señuelo con tu belleza fría y desdeñosa. Y lamento tenerte que recordar que yo colgué a Ana Honey, tu amiga. Tampoco quisiera que me confundieras con uno que yo conozco que se enamora caprichosamente de mujeres que luego le amargan la existencia. Voy al puente a respirar otros aires menos cargados.

El Pirata Negro salió a zancadas. Mary Dear tendió su copa al madrileño, que la llenó de malvasía.

—Un vinillo dulzón, que quita los malos sabores de boca— comentó el pelirrojo sonriendo—. A veces resulta antipático, ¿no?

—¿El vinillo?—preguntó la inglesa con triste sonrisa—. Por lo que de ti he podido apreciar, nunca te lo resulta.

—Bien sabes a quién me refiero..

—¿Antipático porque se refirió a tus enamoramientos caprichosos?

—¡Oh, no, ya que en eso tiene toda la razón! — reconoció Lucientes. —¿Sabes lo que es una alcachofa? Pues creo que yo tengo por corazón una alcachofa. Voy quitándole hojas y hojas, y va quedando lo mejor, lo que se come a gusto. Y he perdido ya muchas hojas, Mary...

—Y las que perderás, Diego. Pero la hortaliza que citas no es de mi agrado.

—Una gran lástima, porque te digo sinceramente que necesito una mujer que comparta mi soledad. Bueno, bueno, no me mires como si yo fuera un insolente que sólo piensa en requebrar. Soy un incomprendido... En serio, Mary: ¿tú deseas ser feliz?

—Es la aspiración de todo mortal. Pocos saben hallar la felicidad.

—Porque la buscan donde no está, o piensan en la felicidad con mayúscula. Ésta no existe. La verdadera felicidad está en sumar pequeñas felicidades. Un buen trago, una buena partida, una alegre pelea, un beso robado, otro regalado... Regálame uno.

Mary Dear irguióse. Sus ojos azules llamearon.

—Sigues un sendero peligroso, español.

—¡Y tanto! Pero es por tu bien... y también algo por el mío. Que besar tus labios debe de ser como paladear el mejor de los mostos.

—Empezaba a apreciarte como buen amigo, español pelirrojo. Pero tus cabellos y tu temperamento caprichoso y enamoradizo van a hacer que, de nuevo, pierda la camaradería contigo.

—No, no. Al contrario. Escucha un consejo: El hombre que está habituado a que todas las mujeres le rindan su amor, se cansa. Cuando una le demuestra esquive, no descansa hasta lograr que se le rinda... y después la olvida. Demuestra esquivez a tu tormento. Deja que yo te bese... si puedo verlo... Y aguardemos los acontecimientos.

—Eso es una fullería. Yo no puedo darte mis labios, porque no te quiero.

—Mejor me sabrán así. Tú quieres a Carlos Lezama. Intenta irritar su amor propio.

La inglesa quedóse pensativa unos instantes.

—Sería comportarme como una coqueta deshonesta.

—Eso es lo que él te cree. ¡Dale la razón! Yo sé muy bien que tú aspiras a ser la mujer de un solo hombre: Su esposa. Y si aspiras a la Felicidad con mayúscula, imagínate que es una cima coronada de nieve, donde el aire es puro. Para llegar a ella, se tropieza en barro, se sufren molestias. Aquí está el barro.

Y, con guiño malicioso, el estudiante tocóse la ancha boca sonriente.

—Suponte que acceda. Mi beso será fraternal...

—¡El mío, no! Que cuando yo me sacrifico, quiero sacar ventaja.

—¿Besarme es sacrificarte? — preguntó ella altivamente.

—¡Naturalmente, inglesa de mis nuevos amores! Te sirvo de piedra de toque. Te dejarás besar pasivamente. Y..; ¿yo qué sé cómo respingará tu tormento? Hubo un rey francés que dijo: “París bien vale una misa”. Yo te digo: “La tormenta que puede desencadenarse, bien vale tus labios”.

—¿Qué finalidad persigues?

—Besarte.

—Hay otra que no acierto a comprender.

—Complicado que soy. Creo que tú serías una esposa ideal para mí; y si no quieres serlo, quizás Lezama hallase en ti lo que busca y no sospecha que tú podrías darle. ¿No oyes sus pasos? Viene hacia

aquí…

El madrileño fué a sentarse junto a ella. La enlazó por los hombros y la besó prolongadamente con brutalidad…

—¡Magnífico, magnífico! — rezongó una voz en el umbral de la camareta.

Y con los brazos en jarras, apoyados los puños en la cintura, el Pirata Negro quedóse frente a la pareja.

El blanco cutis de la inglesa ostentaba un matiz sonrosado cuando Diego Lucientes, apartándose de ella, miró con sorna al Pirata Negro.

—Tú lo has dicho, señor Lezama. ¡Magnífico, magnífico… beso! Me ha dado sed.

Brillaron los ojos del Pirata Negro, y mientras Lucientes bebía, señaló con el mentón uno de los camarotes.

—De los tres, sobra uno; y eres tú, inglesa. Aguarda a estar en Paramaribo para dejarte besar por el estudiante, que nunca se corregirá, pese a cuantas lecciones reciba.

Mary Dear levantóse y, sin decir palabra, fué a encerrarse en su camarote.

—Cuando paseaba por los jardines del Retiro—empezó a decir Lucientes con los párpados entrecortados, evocando—, robaba a veces rosas. Besaba sus pétalos, y. luego, tardaba muchas horas en comer. No quería que desapareciera de mis labios el aroma sutil y fragante de la rosa robada.

—Conozco tu juego, madrileño. ¡Imbécil!—le apostrofó el Pirata Negro—. No he oído lo que has dicho a la inglesa, pero casi estoy por afirmar que, si has logrado sus labios, ha sido porque le has dicho que irritando mi amor propio, quizás la mirase con otros ojos. ¿Crees que no adivino que pretendes hacerme sentir celos ridículos?

—¡“Vas listo, Calixto”!—dijo con zumba arrabalera el madrileño —. A veces te he reprochado que te figuras el centro del Universo. Crees que todo gira alrededor de ti. Una mujer te declara su amor… y ya crees que morirá desfallecida sin pensar en otro hombre más que en ti.

—¡Presuntuoso sinvergüenza!

—¿Tú, o yo?

—Has vuelto a beber más de la cuenta, pelirrojo.

—No es el malvasía. Es una tibia presión de pulpa que tiene

aroma de manzana la que me embriaga...

El Pirata Negro inclinó el busto. Su diestra se tendió hacia el rostro del madrileño.

—Cuidado con el juego, “Medio-Brazo”. Mary no es nada, pero de mí no os burláis tú ni ella.

—Y luego dirán los holandeses que los españoles somos jactanciosos y peleones — dijo irónicamente el madrileño, aunque interiormente sentía cierto pánico—. Hablemos con las cartas boca arriba. Una de dos: o te tiene sin cuidado, y en este caso soy libre de cortejarla e intentar mi suerte, o la quieres para ti. Dímelo, que yo no piso los jardines ajenos.

—¡Me tiene sin cuidado! ¡Me tienes sin cuidado tú! Lo que no quiero, es que mi barco sirva para arrullar vuestros escarceos. Tenlo por dicho. Aguarda a estar en Paramaribo... y allá tú con tu nueva aventura de amor.

El portazo que dió Lezama tras entrar en su camarote, produjo en Diego Lucientes una suave hilaridad..., pero secóse la frente, murmurando:

—Luego, me quejaré... y, sin embargo, me busco siempre las complicaciones. Pero, ¡repámpanos! ¿Negarás que Mary Dear es una rosa embriagadora?

Tomado por testigo, el fraseo de malvasía, siguió en pie, ventrudo, sobre la mesa.

* * *

Ventrudo, en pie sobre la mesa, Jan Dordrecht alzó el jarro donde la espuma rubia rebosaba. Era el mejor cantor de Paramaribo...

Y su voz honda, sonora, se elevó potente... Habían reclamado, por medio de fuertes golpes dados en la mesa con el fondo de las jarras, una canción los comensales, que en crecido número se reunían alrededor de la larga y ancha mesa del mejor salón de la casa de Mathys van Bostel.

Sólo eran hombres los que acababan de comer abundantemente con frecuentes libaciones... No había ni una sola mujer.

Jan Dordrecht cantó con su vozarrón, que hizo temblar la vajilla:

“Amigos míos, no tengamos mesura
a la grata hora de comer.

Ahoguemos la débil ternura
en la jarra del placer.
Cupido es un dios bribón,
Baco es e1 rey de nuestro corazón."

Los comensales, acompañándose por fuertes golpes de jarra sobre la mesa, alrededor de las botas de Jan Dordrecht, entonaron a coro el refrán:

"Cupido es un dios bribón,
Baco es el rey de nuestro corazón."

Jan Dordrecht entonó entre joviales carcajadas el final de su canción:

"Dejemos a los amantes sus quereres
que más felices son los bebedores,
porque se olvidan de sus mujeres
y anegan en la jarra sus ardores. Cupido es un dios bribón,
Baco es el rey de nuestro corazón."

La francachela prosiguió. Los prohombres de Paramaribo cenaban en compañía, en la casa de Mathys van Bostel, porque era sábado, y el domingo les permitía levantarse al, mediodía...

* * *

Cuando el velero echó el ancla a escasa distancia del fondeadero de Paramaribo, Diego Lucientes contempló con asombro la ciudad.

Creyó que se encontraría con una pobre y reducida población, y veía casa y de sólida construcción, hermosos edificios, palacios señoriales...

Sólo en los barrios exteriores las casas eran de madera, y fuera del casco de la población que se apelotonaba junto al fondeadero, se levantaban chozas de madera y barracas de modesta construcción.

Dominando el río, se alzaba un castillo unido a las murallas, no terminadas todavía, que circundaba el casco edificado.

Era el almacén de los géneros que desembarcaban los navíos.

Muchos barcos de todos tonelajes se apiñaban en el ancho Suriname,

—Es un emporio de comercio y riqueza—comentó Lucientes—. Esos holandeses deben de tener el riñón bien cubierto. Les propondré una partida de naipes. No desconfiarán de un pobre manco como yo.

—Siempre olvidas que eres rico, y en cambio, siempre recuerdas

que eres tahúr—reprochó hoscamente el Pirata Negro.

Se hablaban por vez primera desde el incidente en que Mary Dear fué pasiva espectadora y actora.

La vieron llegar; “Cien Chirlos” portaba su equipaje. La inglesa, abrochándose los guantes que la cubrían hasta medio antebrazo, se detuvo ante el Pirata Negro.

—Adiós, Carlos. He decidido quedarme en Suriname.

—También nosotros pasaremos unos días en Suriname—dijo Lucientes.

—Pero aquí se separan nuestras rutas—afirmó el Pirata Negro—Buena suerte, Mary. Y si he cometido alguna incorreción contigo, olvídala. Adiós.

Ella le miró por unos instantes. Engalló la cabeza, y bajó la escalerilla hacia la lancha donde “Cien Chirlos” depositó su equipaje.

Alejóse la lancha, mientras “Cien Chirlos” subía de nuevo a bordo.

—Atiende, guapetón—dijo el Pirata Negro—: Nadie baja a tierra hasta que yo lo ordene. Me respondes con tus espaldas.

—Respondo con ellas, señor.

Al quedarse solos Lezama y Lucientes, éste suspiró.

—Se fué... y de nuevo siento el vacío en mi corazón.

—Mejor es que no la veamos más... porque empezaba a gustarme.

Y tras su desconcertante afirmación el Pirata Negro bajó por la escalerilla hasta entrar en otra lancha que aguardaba. “Piernas Largas” ocupaba el banco de remero.

Diego Lucientes, aun boquiabierto, fué a sentarse a popa de la lancha.

—¿A qué venimos a Paramaribo, estudiante?—sonrió el Pirata Negro.

—A demostrar que somos jactanciosos y peleones. Olvida, pues, a Mary Dear y piensa tan sólo en que debemos encontrar al Holandés Fantasma; y no para hablarle de amores.

Era un espléndido día de mayo. Cumplíase el refrán español: “No hay sábado sin sol”...

—Te reservaste una pancarta, señor. ¿Vamos a llevarla izada por las calles del pueblo?

—Llevarla en lo alto, sería rebajarnos.

Cuando pusieron pie en el embarcadero, “Piernas Largas” amarró la lancha y, cargando al hombro la pancarta, separó la bandolera que le servía para llevar terciada al hombro su guitarra.

En el cinto llevaba una maza.

Atravesando los muelles, llegaron los tres españoles a una plaza de grandes dimensiones, donde una estatua en cuyo zócalo leíase: “Hendryck Crynssen”, erguíase altiva...

Alrededor del zócalo había un parterre donde crecían tulipanes.

—Aquí mismo, chiclanero. A los pies del almirante Crynssen.

Pausadamente, a golpes de maza, hundió “Piernas Largas” el piquete que soportaba la pancarta:

“AL HOLANDÉS FANTASMA,
SU VENCEDOR,
EL PIRATA NEGRO”

—Cortesía española.—dijo el Pirata Negro—. Que sepan quién soy. Vuelve a bordo, chiclanero.

Piernas Largas alejóse apesadumbrado. Se las prometía felices en su “visita” a Paramaribo...

Unos cuantos sujetos rubicundos acercáronse lentamente, con flema, hasta detenerse ante la pancarta recién clavada...

—En España, cualquiera de los que vieran esto arrancaría la pancarta o nos cubriría de improperios. Aquí se toman las cosas más calmosamente. Irán a avisar al “mandamás” y éste nos hará saber que tenemos que pagar una multa por estropear algunos tulipanes de un jardincillo público destinado a honrar al almirante Crynssen.

—¿Pagarás la multa, señor?

—Yo siempre obedezco a razones sensatas y correctas. Vamos al exterior. Hay allí bochinches donde sus habitantes siempre agradecen las dádivas. Quiero enterarme de quiénes son los prohombres de Paramaribo.

Anduvieron, atravesando calles hasta aproximarse al exterior.

—¿Para qué deseas saber quiénes son los conspicuos de Paramaribo?

—El “Holandés Fantasma” necesita una base segura y holandesa para operar. ¿Cuál mejor que Paramaribo? No puede ser un aventurero vulgar. Necesita tener influencia sobre sus compatriotas, que le ayudan a poner en juego su barco misterioso. Mi reto le

entregará si, como supongo, se halla en Paramaribo. Y veremos lo que sucede.

En las afueras, tuvieron una sorpresa inesperada: una gran choza de ligeros materiales barrosos solidificados y cubierta de bálago su techumbre, ostentaba un rótulo que decía:

”Vino de las Españas”.

—Me atrae el letrero, señor—dijo' Lucientes— ¿Habrá algún español en ese bohío?

—Vamos adentro, y lo sabremos.

El interior del bohío estaba provisto de una mesa grande en el centro y varias banquetas de rústica construcción.

A un lado, arrimados a la pared, había dos barriles de vino. En una estantería, también rústicamente hecha, había botellas de licores, naranjas y limones en fila.

Del techo pendían racimos de plátanos y de dátiles, jamones y carne en cecina.

Un negro vigoroso, de edad madura, y una negrita adolescente quedáronse estáticos mirando a los recién llegados.

—¿Quién es aquí de las Españas? —preguntó Lucientes.

Los dos negros se miraron entre sí. El varón contestó humildemente:

—Vino es de las Españas. No “sape” más, “siñor”.

—¿Dónde está el amo? — inquirió Lezama.

—“Siñor”: amo, “ponto”, “pronto” viene.

—Mientras, emboca en unas jarras vino de las Españas, copito de nieve.

La negrita llenó dos jarras de loza, aplicándolas a la espita de uno de los barriles. Las colocó sobre la mesa central. El negro había desaparecido por una puerta del fondo del bohío.

—Fué por el amo, señor—dijo con cantarina voz.

Diego Lucientes sorbió con cuidado un trago, lo paladeó, dió varios chasquidos con la lengua, y miró a la negrita:

—¿Cómo te llamas, nubecilla?

—Alelí, señor—dijo ella riendo y contoneándose—. Soy de Haití.

—Tú serás de Haití, pero ese vino es de “aiquí”—dijo Lucientes.

—No luzcas tu ingenio en balde, estudiante. ¿Creías, acaso, encontrar buen vino español en una ciudad de catadores de amarga cerveza?

La negrita se alejó para colocarse tras la mesita, desde donde, chispeantes los ojos, observaba de soslayo al pelirrojo.

—No es fea la mocita—dijo Lucientes.

El Pirata Negro frotóse el pulgar y el dedo mayor, haciéndolos chasquear para llamar la atención al madrileño, que sonreía a Alelí.

—Atiende, conquistador de faldillas. Mientras estés conmigo, procura comportarte como el caballero que aparentas ser. Esta negrita tendrá a lo sumo dieciséis años. Dedícate mejor al vino.

—Comparado con el agua de la espita de a bordo, ese vino es puro néctar.

Por la abertura de la puerta del fondo apareció, seguido del negro, un hombre blanco, ya entrado en años, con larga barba canosa. Vestía unos enanos calzones de lienzo y una camisa abierta.

—Dios guarde a vuesas mercedes —saludó ante la mesa.

—¡Hola, buen hombre!—replicó Lezama—. ¿Sois el amo?

—Vasco soy, y amo de esta casucha. Me llamo Ursúa.

—Tomad una jarra con nosotros—, invitó Lezama—. ¡Buen temple el de los vascos! Yo me llamo Lezama; y mi amigo, Lucientes.

—Cuando oigo españoles, me siento rejuvenecer o así—dijo Ursúa.

Antes de sentarse, colocó sobre la mesa un queso, pan, plátanos y dátiles. Cogió las dos jarras, que llenó con vino de otro barril.

—Para los que entienden de vinos —comentó, dejando tres jarras sobre la mesa y sentándose— Vasco soy, pero hablador, porque tiempo ha que no se sientan a mi mesa españoles como yo. ¿De dónde son vuesas mercedes?

—En Sevilla nació mi madre, y el señor Lucientes tiene por cuna la capital. ¿Os ganáis bien la vida en este bochinche?

—Mal no me va, porque surto a tripulaciones. Yo era soldado: Tomé parte en las campañas últimas del Perú, pero, porque nos entramos en El Dorado, fuimos perseguidos por la justicia del virrey. Salí absuelto, pero enfermo de las fatigosas y trágicas jornadas, y viéndome inútil para soldado, vine aquí, levanté ese bohío, y cultivo una huerta con ayuda de esos dos negros que son padre e hija. Tengo también un gallinero y una cochinera. Surto de pollos y huevos a ricachos de Paramaribo. ¿Vuestras mercedes son marinos?

—Sí. Y este vino también es marino—dijo Lucientes chasqueando la lengua a gusto—. Es “encabezado” y andaluz.

—Conoceréis bien a los prohombres de Paramaribo, ¿no?—preguntó el Pirata Negro.

—Mucho. Son campechanos y francotes. Aunque torpones, o así, Yo vivo tranquilo con este negocio y tengo ahorros que no los haría si hubiera seguido en las armas. Dentro de dos años, volveré, a Santurce y compraré un caserío. De haber seguido en las armas, lo más que habría llegado, y eso a fuerza de años, habría sido a maese de campo. En Indias da mucho más el trabajo que las armas.

—Pero se llenan las manos de callos—dijo Lucientes.

—El trabajo no deshonra. Vuesas mercedes bien trabajan en tráfico, comerciando sin llenarse las manos de callos, o así. Yo estoy muy contento con el terreno que compré a los holandeses para instalar mi bohío y mi huerta, y como hacen los hidalgos en vascongadas, trabajo para mí, no como jornalero de otros.

—¿Y las minas de oro?—preguntó el Pirata Negro para complacer al vasco charlatán, en espera de abordar lo que le interesaba.

—Las minas de oro... Las minas de oro son la perdición de muchos españoles. Cinco años anduve yo con otro soldado buscándolas, y allí me dejé media vida. En Indias, el oro lo da el trabajo. Todo español que quiere trabajar, si no tiene vicios, se hace rico.

—Pero ¿es que no hay oro?

—Haber oro, lo hay. Pero está manchado de sangre, porque los naturales se pelean con los mineros. Yo vivo tranquilo en mi bohío. Y gano también dinero Con jabón, telas, agujas, hilos, cuchillos, aceite... ¿Traéis mercancía a bordo?

—No. Venimos de vacío. Decidme, señor Ursúa: ¿habéis oído hablar del “Holandés Fantasma”?

Ursúa enmudeció repentinamente, mirando con recelo a los dos amigos. Fué visible, el temblor de sus manos, intentó una risa forzada, encogiéndose de hombros débilmente.

—Una leyenda, señores. Leyenda de mar, en la que ningún hombre de tierra adentro cree.

—Aquí, en Paramaribo, ningún plácido holandés creerá en fantasmas. Eso es más bien propio de temples nerviosos,

imaginativos, como los nuestros. Temples latinos.

—Hay un ricohombre que cree en el “Holandés Fantasma”—dijo Ursúa atenuando la voz, como si temiera ser oído.

—¿Habita en Paramaribo?

—Sí. Es el caballero más rico de la ciudad. Tiene la mejor casa, y su nombre es Mathys Van Bostel. Todos los sábados invita a cenar a sus compatriotas más destacados. Y al terminar el jolgorio, hacia las once de la noche, sólo quedan reunidos con Mathys Van Bostel los otros cuatro prohombres que forman el consejo de gobernación de Paramaribo.

* * *

A las once de la noche, siguiendo la tradicional rutina, fué despejándose el lujoso comedor de la casa de Mathys van Bostel.,

Quedaron con él los otros cuatro componentes del Consejo, de Gobernación del País de Suriname: Roderyck Vrijmann, Jan Dordrecht, Haal Janstz y Hendryck Meermin.

Haal Janstz, además de bodeguero, era un maniático de la historia, y como sobremesa, gustaba de rememorar tiempos históricos.

Era escuchado plácidamente por los otros cuatro sesudos varones.

—»...eran primero los franceses y después los ingleses los que proveían a los pueblos de la costa. Conformábanse los franceses al principio con comerciar. Vendían a todos los colonos, llevándose muy buenos ducados y abundantes pieles y tejidos, que aquí les resultaban casi de balde, y en su tierra las vendían carísimas. Pero lo malo fué que algunos de aquellos comerciantes, excesivamente codiciosos, se dieron al ataque y saqueo. Actos de piratería.

—Absurda actitud — dijo Mathys Van Bostel exhalando una amplia bocanada de humo de su larga pipa de marfil.

Los cinco holandeses tenían en común la riqueza de sus vestidos, coloridos y fastuosos, recargados de cintas. También había cierta semejanza en sus rostros rubicundos y joviales, y rondaban la madurez, aunque se hallaban aún en pleno vigor sus cuerpos corpulentos.

La sala comedor rebosaba de tapices, almohadones, y cómodas sillas acolchadas.

—Pudiendo comerciar honestamente, es loco meterse a bandidos

—comentó Hendryck Meermin.

—Lo peor fué que aquellos franceses diéronse cuenta de que había muchas tierras sin defensa; cuando se apoderaron de ellas, levantaron fortificaciones y, a su amparo, llevaron colonos, algunos de los cuales hacían a pluma y a pelo, porque eran colonos a veces y a veces piratas—siguió diciendo lenta y doctoralmente Haa1 Janstz—. Desde aquellas madrigueras fortificadas, hacían salidas contra barcos sueltos o contra los granjeros, en busca de ganado y de maíz.

Al unísono, como por ensalmo coincidente, los cinco prohombres aspiraron de sus pipas, aprovechando la pausa de Haal Janstz.

—En la boca del río Santa Cruz, en la Florida, levantaron un fuerte. El almirante Coligny, hugonote y enemigo de España, mandó una expedición a cargo de René Domremy. Saquearon la costa norte de la isla de Santo Domingo, por ser la más cercana a la Florida. Entonces, el adelantado Menéndez Avilés desembarcó en la Florida, pero fué derrotado por los franceses, quienes ahorcaron a todos los españoles. En el lugar de la ejecución, puso un gran rótulo que decía: “Ahorcados por fanfarrones”.

Los cinco holandeses estallaron al unísono en grandes carcajadas de satisfacción.

—Instructiva vuestra charla, señores—dijo una voz inesperada.

Sin sobresaltarse, porque no se lo permitía la laboriosa digestión, los cinco holandeses miraron hacia el umbral de la ventana, desde donde un individuo les observaba sonriente, con los brazos cruzados.

—Hay en el relato un epílogo que olvida el señor cuentista—dijo el Pirata Negro—. Cierto es que los franceses colgaron a los primeros españoles, que, siendo tan sólo cincuenta en número, osaron atacar una fortaleza donde había más de doscientos franceses... Pero volvieron cien españoles y ahorcaron a cuantos franceses encontraron, dejando un letrero que decía: “Ahorcados... porque nos da la gana, que para eso somos españoles”. ¿Conocía usted este final, señor cuentista? Seguro, que sí; pero lo habría callado a no recordárselo yo. Mi bechemer” es suficientemente claro. Perdonarán que sólo entienda el holandés, pero no sepa hablarlo.

—Nosotros sí hablamos vuestro "bechemer" de marino, señor —dijo Haal Janstz—. ¿Quién sois y por dónde habéis entrado a interrumpir una pacífica reunión de amigos?

Mathys Van Bostel levantó su mano, dirigiendo hacia Carlos Lezama la larga boquilla de su pipa.

—Vos sois el español que, en compañía de un caballero de roja peluca, desembarcó al atardecer.

—La peluca es invento vuestro, caballero—dijo Lucientes apareciendo tras Lezama, y tirando algunas hebras de sus aladares—. Muy míos son, y muy bonita es la terraza por la que hemos venido, extraviándonos. No conocemos Paramaribo.

Van Dordrecht gritó con su estentórea voz:

—¡Son los que dejaron un cartelón en el monumento!

—Una pancarta—corrigió Lezama, y avanzó seguido por Diego Lucientes.

Los cinco holandeses se levantaron a una, llevando las diestras a las guardas de sus espadas.

—¡Tate!—exclamó el Pirata Negro desenvainando—. Me parecen algo jactanciosos y desafiantes estos buenos caballeros. ¿No compartes mi opinión, señor Lucientes?

—Por entero—sonrió el madrileño, desenvainando también—. Se comportan como si quisieran pelea.

Los cinco holandeses quedaron tras 1a mesa, con la diestra manoseando las empuñaduras de sus aceros, mientras, avanzando un paso y cimbreando en el aire su desnuda espada, el Pirata Negro hizo una irónica reverencia.

—No es mi propósito pelear, señores. Ahora que, si nos obligan a ello, mi compañero y yo no les hacemos muchos ascos a cortar orejas y rebanar pescuezos a filo de cuchillo.

Mathys Van Bostel, como el hombre más conspicuo de la reunión y por hallarse además en su propia casa, avanzó un paso levantando una mano, con lo que indicaba a sus amigos que iba a tomar la palabra y a representarles.

—¿Por qué, si no tenéis mala intención, habéis penetrado violentamente en casa ajena?—preguntó.

—No hemos penetrado violentamente, sino por la terraza, aunque sin ser invitados.

—Costumbre, ésa, muy antigua en los españoles.

—La adquirieron en Flandes—rebatió Lezama sonriente—. Pero



..Como dice nuestro presidente...

también sabréis que cuando no es provocado, el español tiene a gala lucir más cortesía que quien ante él está.

Y no creo equivocarme si, afirmo que vuesas mercedes son corteses Caballeros,..

—Nos preciamos de tales—dijo Mathys Van Bostel—. Esta es mi casa, yo soy Mathys Van Bostel, y desearía saber cuál es el motivo de vuestra entrada, en un hogar al cual no habéis sido invitados.

—Tampoco ha sido invitado, y el “Holandés Fantasma” invade dominios españoles.

La respuesta de Carlos Lezama produjo en los cinco oyentes un simultáneo efecto. Quedáronse pálidos, mirándose entre sí.

—Si les pinchamos, no les sacamos sangre—musitó Lucientes; y tocando con el dorso de la mano armaba una estatua de mármol que estaba encima de la mesa, añadió: —Se han quedado tan

blancos como eso.

Mathys Van Bostel murmuró con evidente esfuerzo:

—Habéis citado, señor, lo que constituye para nosotros, holandeses, la mayor de las deshonras. Mucha razón os asistía al afirmar que somos gente cortés y de paz que sólo desea comerciar honestamente sin buscar guerra ni cometer tropelías.

—Habláis sensatamente, señor Van Bostel—dijo Lezama envainando—. Me llamo Carlos Lezama, más conocido por el Pirata Negro.

Mathys Van Bostel fué a sentarse, gesto que se vió inmediatamente imitado por los otros cuatro comensales.

—Sentaos—invitó Van Bostel—. Supongo que vendréis a tratar una cantidad de florines razonable, para marcharos con vuestro velero sin asediar nuestra ciudad. No somos hombres de armas.

Sentóse Lezama, imitado también por Lucientes, ante la mesa, y frente a los cinco holandeses.

—Mi velero no vino a atacar, si no le dan motivos para ello, que en eso me diferencio del "Holandés Fantasma". No ataco a quien no me ofende. Mi precio es beber con vuesas mercedes una jarra de ese rubio líquido amargo, que, según parece, posee la virtud de acallar los nervios y dar carnes robustas.

Mathys Van Bostel llenó él mismo una jarra, que tendió al Pirata Negro, y los demás holandeses reprodujeron el gesto con el que el hombre más notable de Paramaribo alzaba su jarra en mudo brindis antes de apurarla.

—Equivale a la pipa de paz de los pieles rojas del norte—sonrió Lezama, mientras depositaba su jarra vacía—. Desearía oír cuatro respuestas a la misma pregunta. He oído ya la vuestra, señor Van Bostel. Y tengo afán de oír sensatas opiniones. Éste es el único motivo de mi visita. Vos mismo, señor—y su índice señaló al rollizo Roderyck Vrijman—, ¿qué tenéis que decirme del "Holandés Fantasma?

—Me adhiero a lo dicho por nuestro presidente Van Bostel. Yo me llamo Roderyck Vrijman y soy ganadero con establos en la margen del río. El "Holandés Fantasma" cubre de ignominia nuestra fama.

—Y yo, Haal Janstz, digo lo mismo. Soy bodeguero, y construyo los mejores toneles del Universo.

—Y yo Hendrik Meermin, alfarero, manifiesto también mi profundo descontento hacia el "Holandés Fantasma".

La tonante voz de Jan Dordrecht se elevó más ruidosa aun en contraste con los graves y mesurados comentarios de sus compañeros:

—¡Y yo Jan Dordrecht, armador de buques, os digo que el "Holandés Fantasma" es una leyenda! ¿Quién lo ha visto?

—Muchos de mis pastores, al regresar de la costa, dijeron que vieron su barco fantasma—manifestó Vrijman pensativo.

—También mis alfareros vieron desfilar los esqueleto que acompañan al "Holandés Volante" — apoyó Meermin con lenta gravedad.

—Y yo mismo, una noche que fui a terminar una barrica de lujo que destinaba a la boda de mi hija, también oí la música fúnebre y los tambores... Vi esqueletos que remaban... y me desvanecí — dijo enrojeciendo Haal Janstz.

—Los dependientes de mis grandes almacenes del río ya no van nunca a trabajar por las noches, porque temen al "Holandés Volante"—afirmó Mathys Van Bostel.

—¡Y yo os digo que el "Holandés Fantasma" es una leyenda, al igual que la antigua que hace siglos corrió por el mar acerca del "Holandés Volante"!—rugió Jan Dondrecht.

Diego Lucientes bebióse una jarra de cerveza que acababa de servirse él mismo.

—Cuatro contra uno — dijo—. El "Holandés Fantasma" existe, pues.

—Existe y supone un menoscabo en nuestros ingresos pecuniarios — dijo Mathys Van Bostel.

—Eso es. Como dice nuestro presidente, supone un menoscabo en nuestros ingresos, porque mis hombres no quieren trabajar de noche cuando apremia alguna entrega a barcos—dijo Haal Jantsz.

—Y yo os digo, como siempre que de eso hemos hablado — gritó Jan Dordrecht—que el "Holandés Fantasma" es una leyenda creada por supersticiones de hombres de mar, y una alucinación creada por un exceso de cerveza. Los esqueletos se pudren en sus tumbas, y no andan remando en barcos.

—Estoy de acuerdo con el señor Dordrecht — opinó Lezama sonriendo—. Los esqueletos no reman... pero el "Holandés

Fantasma” existe. Es un granuja inteligente, cuyas fullería yo quiero desenmascarar. He observado un extraño silencio alrededor de un hecho por el cual hubiesen tenido vuesas mercedes que empezar a hablar. ¿No leyeron la pancarta que deposité al pie del monumento del guerrero Crynssen? La buena lógica exigía que vuesas mercedes me colmasen de parabienes, puesto que me declaro vencedor del “Holandés Fantasma”. En lugar de ello, dan por descontado que ese granuja listo que es conocido en el Mar de los Sargazos por el “Holandés Fantasma” en recuerdo del antes llamado “Holandés Volante”, sigue poblando de fantasmas la noche.

Mathys Van Bostel, consultado por las miradas de los otros cuatro holandeses, meditó unos instantes:

—Hemos supuesto, señor español, que no era más que un reto. Y que lo colocasteis en tierra holandesa porque suponéis que el tal navegante, que es un oprobio para Holanda, recogerá el reto.

—Bien están ambas suposiciones. Y ahora, señor Van Bostel, vos que sois el presidente y siendo vuesas mercedes comerciantes sensatos, ¿se hallan dispuestos a tratar del negocio?

—Ya os dije que si vuestro velero pirata se aleja de Paramaribo sin causarnos daño, y siempre que vuestra petición sea razonable, pagaremos.

—No me trajo al País del Suriname ningún propósito de atacar a una ciudad de honestos y pacíficos comerciantes, que soy español y busco lucha donde hay luchadores. He venido para oíros comentar acerca del “Holandés Esperpento”. Y ahora, os digo: ¿estáis dispuestos a pagar una buena suma de florines si yo venzo al “Holandés” traganiños?

Mathys Van Bostel acariciós e la barba...

—Es un desdoro para el pabellón holandés — siguió diciendo Lezama — que por estos mares navegue un criminal que ataque plazas indefensas, matando a mujeres, niños y ancianos, dándoles una agonía de pavores...

El Pirata Negro pegó un recio puñetazo en la mesa, que hizo saltar las jarras... Los cinco holandeses le miraron recelosos, ante la sonrisa feroz que distendió el semblante de Lezama.

—¡Y mata tan sólo a españoles! Por eso he de matarlo yo; pero vuesas mercedes lo pagarán en florines, porque quitaré tal mancha del pabellón holandés.

—Mil florines os daré, señor español—dijo Van Bostel—, cuando, sin lugar a dudas, me demostréis haber vencido al “Holandés Fantasma”.

—Otros mil yo — dijo Roderyck Vrijman.

—Y yo—aseguró Haal Janstz.

—También yo —afirmó Hendrick Meermin.

—No contéis conmigo —se rebeló Jan Dordrecht.

—Cuatro mil florines son pocos— dijo sonriente Lezama—. Nunca cobré mis empresas, porque obedecían a mi capricho, pero ahora tengo necesidad de reunir una dote para mi hijo. He sido un pirata imbécil, y lo podéis comprobar, puesto que no os pido rescate por dejaros en paz, en vez de cañonear vuestra ciudad. ¿Cuánto daríais para que mi velero se alejase, señor Van Mathys? ¿Cincuenta mil florines? Pocos son, sacados del arcón de la ciudad, repleto de oro. Pido por el “Holandés Fantasma” treinta mil florines. Cada uno de vosotros me dará cinco mil florines, y vos, señor Dordrecht, diez mil cuando os presente al “Holandés Fantasma”. Os hago precio de amigo, puesto que si, como afirmáis, el “Holandés Fantasma” es una leyenda, nunca os vendré a reclamar el pago de los diez mil florines.

—¡Aceptado! — exclamó Jan Dordrecht—. ¡Contad con ello!

—Cuento — aseguró el Pirata Negro levantándose—. Me haré a la mar esperando al “Holandés Fantasma” en la boca del río. Quedo vuestro rendido acreedor, señores. Que vuesas mercedes sigan charlando amenamente, y vos, señor aficionado a la historia, no tergiverséis los hechos cuando habléis de España.

—Os acompañaré hasta la puerta— dijo Mathys Van Bostel, iniciando el ademán de levantarse.

—Agradecido os quedo, pero tengo por costumbre ser fiel a mis actos. Si entré por la ventana, por ella me marcho. Hasta la vista.

Dirigióse el Pirata Negro hacia el ventanal, y Diego Lucientes apuró una nueva jarra —Gracias por la cerveza, señores —comentó el madrileño—. Y pueden ir preparando los bolsones. El caballero Lezama volverá por ellos.

Ambos amigos atravesaron la terraza, dirigiéndose hacia el puerto.

—Ese Jan Dordrecht me huele a feo—comentó Lucientes—. Tanto empeño en querer que el “Holandés Fantasma sea una

historieta de borrachos...

—Demuestra precisamente que él no lo es. El “Holandés Fantasma” es un hombre listo, y más creo que sea uno de los otros cuatro.

—Yo tengo una opinión distinta, señor. Cuanto misterio rodea al tal “Fantasmón,”, me parece más propio de un bebedor de vino andaluz que de un catador de cerveza, más propio de una imaginación española que de un cerebro de holandés, que semejan vacas plácidas y rumiantes. Y si ese español es un ex soldado...

—¿Ursúa?—meditó el Pirata Negro—. Todo es posible, pero no lo creo.

—Todo es posible.

—Te daré un razonamiento probatorio: Ese “Holandés Fantasma” navega., No hará andar su barco él sólo. Necesita tripulación, y esa tripulación está compuesta por los fingidos esqueletos. Los cinco holandeses que acabamos de visitar tienen influencia, hombres que trabajan para ellos, y establecimientos en la margen del río. Ursúa está solo, con una negrita y un negrazo viejo. En cambio, Roderyck Vrijman es ganadero y sus establos están en la ribera. Hendrick Meermin es alfarero y su fábrica está junto al río. Haal Janstz da formas a sus toneles remojándolos en el agua del Suriname. Mathys Van Bostel comercia en los grandes almacenes con embarcaderos.

—Y Jan Dordrecht es armador. ¿Puedo sugerirte un arreglo para que pronto caiga desde una nube legendaria el “Holandés Fantasma”?

—A veces tienes ideas sensatas. Habla.

—Tú te haces a la mar con el “Aquilón”. Yo me quedo aquí a investigar...

El Pirata Negro rió en breve carcajada.

—Bien. Quédate, "Medio-Brazo”...

—Cualquier cosa que yo descubra, te lo haría saber fácilmente, puesto que no abandonarás el paraje de entrada al delta; cuando yo sepa algo, acudiré al galope a la costa. Si es de noche, encenderé una fogata en triángulo. Si es de día, tu anteojo me divisará. ¿Por qué ríes?

—Acepto esta ayuda, porque la estimo razonable. Tú en tierra y en Paramaribo me ayudarás más que a bordo. Pero... ¿no tiene

también algo que ver con tu permanencia el perfume de una rosa?..

—Cierto que bebo los vientos por esa rosa.

—¿La rosa de los vientos?—preguntó irónico el Pirata Negro.

—Mary. Que aunque a ti te ame, puede muy bien preferirme a mí.

—¿Tengo yo la culpa de que se haya enamorado de mí?

—Galán y presumido eres, pero yo lo soy más.

—Al fin y al cabo, tiene tantos deseos de dejar de ser viudo, que bien puedes pensar en Mary Dear como esposa. En ella no hay engaño: Sabes quién es. Pero, por favor..., estudiante: Cuando nos volvamos a ver... al menos hazme el favor de que no sea tu esposa la negrita que responde al florido nombre de Alelí.

Rió Diego Lucientes.

—Procuraré no ennegrecer mi horizonte amoroso. Hasta la vista, señor.

CAPITULO IV

Pánico en el "Aquilón"

El velero daba frente a la costa del País del Suriname, bañado su casco por el suave oleaje del Atlántico. Semejaba estar bloqueando la salida del río, vigilante desde el mar, y en espera...

En el litoral se divisaban desde cubierta, con ayuda del anteojo, unos maderos a modo de cruz. El piquete-pancarta donde rezaba el reto:

"AL HOLANDÉS FANTASMA,
SU VENCEDOR,
EL PIRATA NEGRO"

Los silbidos del Pirata Negro desde el castillete de proa, reunieron en la base del castillete a la tripulación. Iba a hablarles su jefe y se disponían a escucharle con la mayor atención...

—¡Buen sol reluce, mis valientes!— empezó a decir Lezama con su acostumbrado estilo, mezcla de afecto y desprecio—. Y todos nos sentimos henchidos de valor, dispuestos a pisotear el cráneo de quien ose atacarnos. Pero luce el sol... Al caer la noche, llena esta comarca un fastidioso celaje que los naturales del país llaman "bore". Nosotros lo llamamos niebla, bruma, caldo... Flotan en jirones formas alargadas que semejan fantasmas, y no lo son. Rechinan los dientes esqueletos que no lo son. Y yo no puedo creer que nosotros, bribones de pelo en pecho, nos dejemos influir por la noche, la bruma y miedos de vieja...

Por espacio de unos momentos, apoyadas las manos en el reborde del castillete, el Pirata Negro fué examinando los rostros que, alzados, le miraban semisonrientes...

—Os miro y aseguro que le daríais un susto al miedo. Tenéis jetas de carnívoros, y poseéis colmillos retorcidos. Escuchadme,

ahora que el sol reluce. Navega por esta región un truhán que se siente tuno. Emplea triquiñuelas de tunante listo. Le llaman el “Holandés Fantasma", pero tiene tanto de fantasma como yo. Es un hombre de carne y hueso, y también lo son los esqueletos que le acompañan. Tarde o temprano su barco vendrá a tratar de infundirnos miedo. Porque sobre el miedo que inspira cimenta sus crímenes el "Holandés Fantasma”. Le enseñaremos que sólo tienen miedo del “Holandés Fantasma los cobardones holandeses y las viejas asustadizas. He dicho, id a vuestros sitios.

Disgregáronse los tripulantes en diferentes grupos, y "Cien Chirlos” acudió al silbido que le llamaba.

—Ven acá, guapetón—dijo el Pirata Negro, atrayendo hacia sí por el cinto a su lugarteniente—. ¿Qué es tener miedo a aquello que no se comprende?

—Es... tenerle miedo a una lechuza—replicó "Cien Chirlos” convencido de ello[2].

—Pues cuando asome la lechuza... cuento contigo para imponerte a los demás.

Pasaron dos días sin que ocurriera incidente alguno. El “Aquilón” permanecía al pairo en el misino lugar.

Al caer la noche del segundo día, la bruma se espesaba abundosamente en giros blanquecinos y revoloteantes que bailaban lentamente alrededor del velero.

Cada cinco minutos resonaba la campana destinada en el “Aquilón” a anunciar su presencia por los tiempos cubiertos y en evitación de un accidental abordaje.

Carlos Lezama sabía que entre sus hombres despiertos y ocupando sus sitios de combate, alentaba un sordo miedo.

—No debería burlarme de ellos— meditó en voz alta el Pirata Negro—. Los presentimientos de los lobos de mar, hay que tenerlos en cuenta. Presientes que ronda un peligro, y hay cierta realidad en ello. La gente de mar tiene un sexto sentido...

* * *

Parecía que todo dormía a bordo. Era un silencio casi completo: un silencio que era más inquietante, debido a la ausencia de todo oleaje, porque la mar estaba aceitosa, llana, sin movimiento...

Los menores ruidos adquirían una importancia desusada; el ligero chasquido de las velas en el inmóvil “Aquilón”..., el crujido

de los maderos... Y cada cinco minutos la campana de aviso se despertaba para tintinear su lúgubre canción.

Aquella vigilia en la noche brumosa con los sentidos atentos contra un peligro que se adivinaba sin comprender de dónde vendría, llenaba a los tripulantes del “Aquilón” de una sorda angustia, dándoles la sensación de que se hallaban rodeados de riesgos múltiples e ignorados...

Y aumentaba en ellos la idea de que algo siniestro revoloteaba en los jirones de blanca niebla espesa que rodeaban el inmóvil velero...

Oían a su jefe silbar melodiosamente, y aquello les reanimaba levemente. “Él” no tenía miedo... pensaban confortados.

La campana de a bordo que marcaba los cuartos de día, resonó gravemente, señalando la medianoche. Oyóse el deslizar de los pasos del timonel de relevo, y de los hombres de maniobra...

Y de nuevo se abatió sobre el velero un silencio espeso, pesado como la bruma que envolvía al buque...

Los ojos intentaban penetrar a través del cerco nebuloso. Las sombras se poblaban de formas fantasmales, mientras el mar seguía entonando su tenue susurro líquido...

De pronto, el Pirata Negro se inclinó, como registrando con la mirada la bruma... Su diestra se levantó cual si designara algo en la turbia atmósfera...

Iba creciendo el repentino y sordo rumor de unos tambores que batían acompasadamente en el silencio do la noche...

El hombre de la cofa gritó agudamente:

—¡Barco a estribor!

Un surco de fuego trazó una luminosa parábola entre la nube de bruma. Una llama lamió una de las velas del “Aquilón”...

—¡Los barriles apaga fuegos!—gritó estentóreamente Lezama.

A lo lejos, un tenue resplandor iba creciendo, y el Pirata Negro percibió como una enorme cruz siniestra que iba precisándose en el contorno de un barco sin velas, de desnudos mástiles...

Gigantesca a través de la bruma que la aureolaba y que parecía apartarse a su luminoso paso, la confusa silueta fue precisándose...

Apareció la línea de un barco de tres mástiles, que avanzaba lentamente, como empujado por una brisa débil, y el puente estaba desierto. No había tripulantes...

—¡Artilleros a estribor!—ordenó a gritos el Pirata Negro.

Una gran llamarada brotó del centro del barco sin tripulantes y, surcando los aires, vino a chocar contra la vela central del "Aquilón"...

El barco misterioso continuaba lenta e inexorablemente su ruta, dirigiendo un largo espolón de proa hacia el "Aquilón"...

—¡Vira a babor!—ordenó el Pirata Negro, saltando furioso al puente y corriendo hacía la borda.

Un grito unánime se levantó entre la tripulación del velero pirata. Saliendo de las calas del misterioso barco lanza fuegos, desfilaban uno tras otro los saltarines esqueletos humanos...

La blancura de los huesos mondos y descarnados resaltaba entre la aureola de fuego y los resplandores que surgían de la cala...

Y apareció tras los esqueletos un gigantesco ente de torso desnudo y hercúleo, que en vez de cabeza tenía un cilindro que despedía luz...

Una nueva llamarada brotó del barco macabro, yendo a estrellarse contra el velamen del "Aquilón"...

Oyóse un crujido siniestro; el espolón del barco lanzafuegos embestía el casco del velero...

Y el pánico cundió a bordo del "Aquilón". Los artilleros temblaban inmóviles. Corrían alocadamente en desorden los demás tripulantes. Sólo "Cien Chirlos", volviendo la espalda al barco fantasma, lanzaba a voleo el contenido de voluminosos barriles, intentando apagar las llamas que iban prendiendo fuego en el velero...

—¡Fuego en andanada!—gritó furioso el Pirata Negro.

Pero el pánico impedía a los artilleros obedecer.

Inmóvil en el centro de la desnuda cubierta, el gigante de torso desnudo cantaba una extraña canción con voz potentísima...

Los esqueletos saltaban a su alrededor, rientes los cráneos sin carne...

Un calor infernal se enseñoreaba del "Aquilón", donde las llamas iban agigantándose... Con clamores enloquecidos, bramando, chillando, todos los tripulantes intentaban correr hacia las calas, amontonándose en su entrada y cayendo escaleras abajo los primeros, empujados por los demás.

Con un grito de ira incontenible, el Pirata Negro asióse con una

mano a una escalera de cuerda... Retrocedió corriendo y, tomando impulso, su cuerpo describió en el aire un arco...

Mientras surcaba los aires, desenvainó... Fue a caer sobre la cubierta del barco fantasma...

Los esqueletos cesaron en su danza para rodear al temerario luchador, que trazó un círculo relampagueante con su acero desnudo...

—¡Al abordaje! — gritó el Pirata Negro, mientras su espada buscaba hundirse en el esqueleto de los que le rodeaban saltando.

Con la mano izquierda desenfundó de su cinto el puñal... Sudaba angustias mientras intentaba en vano herir a los seres de ultratumba...

Recibió en el hombro un recio golpetazo... Lanzó el puñal con todas sus fuerzas hacia el gigante de rostro resplandeciente e invisible...

Un nuevo golpe le alcanzó en el pecho... Fué tan brutal que, perdiendo pie, retrocedió hacia atrás, quedando sus espaldas apoyadas en la borda del barco misterioso.

Desde el "Aquilón", "Cien Chirlos" y Piernas Largas" acudieron corriendo a los cañones...

El primer estampido derribó el mástil en que se apoyaba el gigante de invisible rostro resplandeciente...

Un nuevo golpe dado con un contundente instrumento de recia madera, empujó hacia atrás al Pirata Negro...

Su cuerpo se balanceó y cayó al agua... El barco misterioso, obedeciendo a un grito potente, empezó a retroceder alejándose... Se perdió de nuevo en la bruma, dejando empotrado el extremo de su roto espolón en la cubierta del "Aquilón".!

"Cien Chirlos" y "Piernas Largas" se lanzaron de cabeza al agua, zambulléndose hacia el lugar donde, al resplandor de las llamas, vieron caer a su jefe...

Bucearon repetidamente... Otros tripulantes fueron lanzándose al agua... Por fin, Cien Chirlos salió resoplando y llorando de furor y gozo...

Llevaba en brazos al Pirata Negro, sin sentido, sangrante el rostro... Para desahogar su furor, los artilleros reaccionaban tardíamente... Y una salva de cañonazos perforó la bruma, intentando inútilmente herir el casco del barco fantasma, que se

había ya esfumado...

Izado a bordo, el Pirata Negro fué llevado entre “Piernas Largas” y “Cien Chirlos” a su camarote...

El andaluz volvió a cubierta y a puntapiés y puñetazos, logró distribuir a todos los tripulantes en la misión de apagar el fuego...

“Cien Chirlos” fue aplicando emplastos de hilaza en las brechas abiertas en el hombro, en el pecho y en la frente del Tirata Negro...

Cinco minutos después Lezama abrió los ojos, enturbiados aún por el reciente combate y la prolongada inmersión...

—¡Perdón, señor!... Todos tuvimos miedo... — balbució “Cien Chirlos”, quitándose el gorro de lana y manoseándolo nerviosamente...

—El fuego...

—Ya fué a vencerlo el andaluz, señor... Ya el agua resbala por cubierta y cede el calor...

El Pirata Negro cerró los ojos.

—¡Siento una gran vergüenza, guapetón!... El “Aquilón” ha sido vencido por el pánico, como si en vez de mandar en bribones, mandase yo en turba de mujerzuelas...

—El barco de esqueletos se fundió, señor... No nos venció... Le disparamos cañonazos el andaluz y yo, cuando tú saltaste a bordo...

—Me duele todo el cuerpo y la cabeza, guapetón... Dormiré ahora, porque apenas podría sostenerme en pie. Pero al amanecer ven a sacudirme. Trae contigo el látigo de siete colas...

✲ ✲ ✲

Al amanecer, el fuego, ya apagado, no había dejado más que negras huellas en la mesana del “Aquilón”.

Temerosos de lo que iba a suceder, porque “Cien Chirlos” con abundancia de imprecaciones, fué advirtiendo a todos los tripulantes que fueran “preparándose los lomos”, todos se afanaban en terminar de reparar los destrozos que las llamas habían causado...

Y el estentóreo grito de mando de “Cien Chirlos” anunciando 1a subida a cubierta del Pirata Negro inmovilizó a los tripulantes en tres hileras...

Vendada la cabeza, desnudo el torso, donde aparecían las brechas de las dos heridas recientes cauterizadas por el fuego, Carlos Lezama esgrimía en su diestra el mango del látigo de siete

colas, cuyas largas correas pendían por el suelo...

Lo hizo restallar en el aire...

—¡Hatajo de mujerzuelas! — gritó, encendido el rostro en cólera —. ¿Tuvimos miedo ayer a la medianoche? ¿Qué somos? Habla tú mismo "Cencerro". ¿Por qué tuvimos miedo?

El pirata interpelado agitó la pequeña cabeza de un lado a otro.

—Eran "huesos muertos", señor...

El látigo restalló y una de sus correas enlazó limpiamente por la cintura al que acababa de hablar. De un brusco tirón atrajo el Pirata Negro hacia sí al apodado "Cencerro".

—Los "huesos muertos", ¿reparten leñazos como éstos?—gritó, pegándose en las heridas del torso—. ¿Descalabran las cabezas a golpes de estaca, como descalabraron casi la mía? Por suerte tengo una testa tan dura como las vuestras, ¡mujerzuelas!

Desenrolló el látigo empujando con la bota en recio puntapié al apodado "Cencerro", que a trompicones, volvió a ocupar su lugar.

—Tú eras uno de los artilleros de estribor, "Campanilla", que ni mereces ya el apodo de "Cencerro", que es masculino. Ordené disparar contra el barco, que nos largó su espolón... Fuí desobedecido. ¡Un paso avante los artilleros de estribor!

Doce piratas avanzaron un paso, con la cabeza gacha. Entre ellos estaba, el apodado "Cencerro".

—Hablarás tú mismo, "Carnecruda"—dijo el Pirata Negro, agitando su látigo—. ¿Cuál es la cuenta que marca la ley de a bordo para los artilleros que no cumplen con su obligación y se hacen los sordos a la orden del capitán?

—Corte de la muñeca izquierda y treinta latigazos suspendido por e1 pulgar derecho—murmuró en voz baja y temblando el apodado "Carnecruda".

—Bien estás de cuentas, ""Carneblanda.". ¡Mis segundos!

"Piernas Largas" y "Cien Chirlos' avanzaron portando un manojo de cordezuelas.

—¡Atadlos por los dos pulgares!... Luego les cortaré la muñeca zurda, para que recuerden cuál es la ley.

Instantes después, doce hombres pendían suspendidos por los pulgares y sin que sus pies tocaran el suelo. Quedaban atados de un palo horizontal...

EL Pirata Negro retrocedió un paso, mientras "Cien Chirlos" y

Piernas Largas” iban quitando a manotazos las camisas a los suspendidos, dejándoselas colgantes del cinto...

Restalló el látigo y las correas trazaron una línea de sangre en las espaldas...

—¡Uno!—contó “Piernas Largas”.

El Pirata Negro aplicó con todas sus fuerzas un segundo latigazo que, con diestra y contundente habilidad, rasgó de nuevo las espaldas...

—¡Dos!—cantó “Cien Chirlos”.

El tercer latigazo resonó silbando...

—¡Tres!—gritó “Piernas Largas”.

—¡Descolgadlos!—ordenó lacónicamente el Pirata Negro.

Aunque extrañados, los dos lugartenientes obedecieron...

—A vuestros sitios—dijo Lezama, mirando sombríamente a los doce artilleros vapuleados—. En un combate común, os habría cortado la muñeca y os habría roto el lomo con treinta latigazos, hasta que os hubieseis quedado sin pulgar y tullidos por espacio de dos semanas. Pero ¿no fueron esqueletos los que nos asustaron? He reformado, pues, la ley. A latigazo os ha tocado por cada una de las caricias que los esqueletos me hicieron en mi esqueleto.

—Gracias, señor—dijo “Carnecruda”.

—¡Gracias! — gritaron a coro los otros once artilleros.

—Gracias, las tenéis vosotros todas, ¡malditos seáis!—exclamó el Pirata Negro—. Cuando lleguemos a puerto, os mercaré agujas e hilo y haréis calceta, contándoos mutuamente cuentos de miedo, ¡hatajo de mentecatos blanduchos!

Soltó el látigo, que al caer al suelo, empujó con el pie.

—¡Cógelo, “Cien Chirlos”! Vamos a ver ahora a quién le toca la danza. ¿Quién estaba a la medianoche al timón? Que avance un paso.

Un fornido sujeto, barbudo y calvo, adelantóse. El Pirata Negro se le acercó, cogiéndole por el cinto.

—¡Hola, hola, “Requesón”! ¿Conque tú eras el timonel, eh?

—Me tocó, señor...

—¿Qué orden di?

—Virar a babor... Pero no pude... Tenía los vellos erizados y mis brazos estaban duros como la piedra, señor. Ellos no quisieron obedecerte, que bien sabes que mi cabeza siempre te obede...

—Atisba la mía—y el Pirata Negro se tocó la vendada frente—. No me hubiera hecho dormir seis horas de un tirón para que se me quitara el dolor, si tú hubieses virado como te ordené.

El seco puñetazo del Pirata Negro alcanzó en plena frente al timonel “Requesón”, que cayó al suelo sin sentido...

—¡Échale agua, andaluz!

El timonel quedó inundado tras varios cubos que le desparramó encima generosamente “Piernas Largas”.

El apodado “Requesón” se puso en pie vacilante. De su frente abierta manaba la sangre, velando sus ojos...

—¿Te duelen las sienes, calvo barbudo?—preguntó, con el ceño fruncido, el Pirata Negro.

—Sí, señor... Me dan latidos.

—Pues tienes el honor de acompañarme en los latidos, bribón. Vete al camastro de tu pocilga y empápate con vinagre y sal. He terminado contigo y la próxima vez que me oigas dar una orden, cumple.

—Gracias, señor—admitió el timonel, y desapareció tambaleándose camino de las calas.

El Pirata Negro apoyó sus dos puños en las caderas.

—Ya van quedando menos por juzgar. Creo recordar que di también una orden y que hicisteis mofa de mí, puesto que no la cumplisteis. ¿Qué castigo tiene el remolón que no entra al abordaje cuando se lo ordena su capitán, Ruperto Velasco?

Un sujeto diminuto, de rostro agraciado, recitó de un tirón:

—Marca al hierro en el dorso de las dos manos, cuarenta latigazos y una semana a pan y agua con los grilletes puestos. Esta es la ley.

—Bueno es que la sepas. Si os mando quemar las manos, olerá a gallina, y detesto ese olor. Si os doy cuarenta latigazos, me cansaré, y estoy ya fatigado. ¡Mis segundos! Tres latigazos a cada uno... Y tres latigazos le darás a “Cien Chirlos”, "Piernas Largas”..., y tú, "Cien Chirlos”, le darás otros tres a “Piernas Largas”.

El Pirata Negro sentóse con indolencia en el borde de la cubierta. Fue presenciando el cumplimiento de su orden...

Al terminar el castigo de la tripulación, “Cien Chirlos” tendió su látigo a “Piernas Largas”, y, volviéndose de espaldas, ofreció sus anchos hombros velludos...

Si fuertes fueron los latigazos que le propinó el andaluz, cuando le tocó turno a “Cien Chirlos" no se quedó corto. Eran tres pero mentalmente el chiclanero contó por valor de nueve...

—Y ahora, ¡hatajo de bergantes!, emplead a discreción el vinagre y la sal. Pero, oídme con atención: Al primero de vosotros que durante una semana entera huela a vino, le tundiré a correazos y después le refrescaré pasándole por bajo la quilla hasta que vaya a hacer compañía a los esqueletos de verdad... Queda cerrada la bodega por espacio de siete días. Sé que esto os escocerá... tanto, que la próxima vez que venga a vernos el barco guasón... quedará hundido. Y ahora, ¡al timón, “Cien Chirlos”! ¡Rumbo a Paramaribo!

CAPITULO V

En los umbrales de ultratumba...

Al día siguiente a la partirla del "Aquilón", Diego Lucientes efectuó una compra.

Adquirió un robusto caballo que era, según el propio Roderyck Vrijaan, el más corredor y ágil de todos los caballos de Paramaribo.

—...y os lo cedo en cien florines, porque me resultáis agradable, señor español—manifestó el rico ganadero.

—Lo mismo me diría un gitano en mi tierra, señor Vrijman... pero con más labia y más donaire.

—¿Labia y donaire? Es español que no comprendo,

—Se ve a la legua que desconocéis lo que es el donaire, señor Vrijman. Bebéis demasiada cerveza. Hasta la vista.

Y Diego Lucientes espoleó su reciente adquisición, alejándose de los establos situados en la ribera.

Además de haber comprado a Roderyek Vrijman su mejor caballo, el madrileño había adquirido de él el informe que deseaba.

"La inglesa que ayer desembarcó se aloja en el "Amsterdam", manifestó Vrijman. "El mejor parador de Paramaribo"...

"Como corresponde a la mejor de las más bellas, señor Vrijman" había replicado Lucientes. .

Y dirigíase ahora canturreando hacia el "parador "Amsterdam". Estaba de buen humor, quizás por la temprana libación de un licor desconocido llamado "kummel", que los holandeses destilaban de hierbas extrañas.

El "Parador Amsterdam" era una posada instalada en un soberbio edificio; poco después, entraba Diego Lucientes en las habitaciones alquiladas por Mary Dear.

La inglesa, acomodada en un confortable sillón, parecía absorta

en profundas meditaciones.

—No te suponía en Paramaribo, Diego. ¿No zarpó el “Aquilón” ayer al anochecer?

—Zarpó y se fue; pero yo he quedado anclado en este país de bebedores de cerveza.

—Será una de tus nuevas infidelidades. Abandonas los vinillos picantes para adorar ahora la rubia espuma sosa.

—Sigo adicto a mis convicciones, Mary. Me he quedado en Paramaribo preso en el encanto de una desdeñosa y altiva inglesa.

Mary Dear miró rectamente al madrileño, que sentándose frente a ella, simuló cubrirse el rostro con el antebrazo derecho alzado. Pero dejaba descubierto un guiño malicioso...

—¿Vas a pegarme, estatua de mármol?

—Me apena contemplarte, español inflamable. Una vez tuve que reprocharte que el hombre que es hombre no suplica amores. ¿Tendré que repetírtelo?

—Queda dicho, rosa de las nevadas cumbres de la indiferencia. Pero tengo un defecto: Suplico primero, para cuando he logrado lo que quería, mandar en dueño y señor. Y cuanto más altivamente me desdeñan, más caros pagan ellas sus primeros desaires...

—Conmigo no cuentes para esta clase de diversión, Diego Lucientes. Quiero a un solo hombre...

—...y eso es lo que te pierde. No frunzas el ceño, que no he de callar, hoy estoy en vena y tengo que convencerte de tu error. Ya has comprendido que el caballero Lezama no comparte tu amor por él. Y sin embargo, ¿no cifras tu felicidad en que él pudiera llamarte tu esposa?

—Por ser un sueño irreal, no quiero pensar en ello.

—Puedes ser la esposa de Carlos Lezama.

Mary Dear miró con repentino interés al madrileño.

—Sí, bella rosa helada. Serás la esposa de Carlos Lezama... casándote conmigo.

Brillaron encolerizados los hermosos ojos de la inglesa.

—Me temo que te acarreará un serio percance tu propensión a sentirte gracioso, señor Lucientes. Aquellas compañeras mías pueden replicar a tus burlas de un modo eficaz...

Y Mary Dear designó las dos pistolas que se entrecruzaban encima de una mesita cercana a donde se hallaba sentada.

—No transijo con que te burles de mi amor, señor Lucientes, que bastante me humilla tener que confesarlo, ante los desdenes de un pirata orgulloso y engreído, como buen español que es.

—El único orgullo es el tuyo, pirata inglesa—dijo con sarcástica sonrisa Lucientes—. Te rebela el espíritu haber mendigado amores de quien está muy por encima de ti. Y me duele recordártelo, pero Carlos Lezama es caballero por sus acciones, tiene a orgullo ser justiciero siempre, y nació de conde. No puede, pues, ser un vulgar raterillo como tú o como yo.

—¡Tahúr, fullero!—murmuró ella, irritada.

Y uno de sus brazos se deslizó hacia la mesita. Pero antes de que su diestra tocara la culata que buscaba, retrocedió...

—A pistolas femeninas, no hay más respuestas que pistolas masculinas, querida amiga—dijo lentamente Digo Lucientes, exhibiendo la suya, que mantenía con el cañón hacia el techo. —Te dije que vine a hablarte cuanto se me antojara, y lo haré. Si soy un tahúr fullero, debes agradecer que me hiciera ser así la vida, porque quizá por una de estas artes podré ayudarte.

—A veces supiste hacerme sentir hacia ti cierta amistad, Lucientes— dijo ella cruzando las manos en su regazo—. Por eso, nunca te supuse capaz de venir a burlarte de mí. Hasta que conocí a Carlos, nunca creí que el amor pudiera inspirar aspiraciones puras de redención, a ser buena, a tratar de olvidar hechos pasados... a regenerarme; y por él hubiera yo podido ser buena. ¿Por qué, pues, vienes a burlarte de mí?

—¿Dónde está la burla?—preguntó Lucientes, colocando de nuevo su pistola en el cinto, bajo su casaca.

—Dijiste que para ser esposa de Carlos...

—...te casases conmigo. Y lo repito. No mires hacia tus pistolas, que la mía está más cerca. Escúchame con... calma: Antaño, cuando jugaba yo el naipe y me convenía ganar, primero daba a mi adversario el as de oros, para ponerle contento. Después, me lo daba yo siempre que me convenía. Dame a mí el as de oros.

—No te entiendo.

—Es sencillo: Si te quedas en Paramaribo cuando se marche Carlos Lezama de nuevo, es muy posible que nunca más vuelvas a verle. Si vienes conmigo, le verás. Si finges ser mi esposa, puedes acompañarme...

La inglesa sonrió con repentina esperanza… Después volvió a ensombrecerse su semblante, y se encogió de hombros.

—El diría que era trampa, porque te conoce…

—Hay un pastor protestante en Paramaribo. Es el que casa a los tórtolos holandeses. Firmará que nos casó.

—No mentirá por más oro que le des…

—Es que le aseguraré que si, al ser preguntado, niega habernos casado, le levantaré los sesos de un pistoletazo. Y como para comprobar si pienso o no cumplir mi amenaza tendría que exponer el cuero cabelludo, yo creo que, en caso de ser preguntarlo, dirá entusiásticamente que nos casó.

—Y entonces Carlos dirá que ha sido por despecho.

—Lo harás callar dándome un amoroso beso… y agradecido. Bien me lo merezco por hacer fullerías, cuando deseo casarme contigo en realidad.

—¿Por qué te prestas a ese juego? Respóndeme con franqueza.

—Al tenerte conmigo, quizás logre ablandar tu corazón. Si no, quizás Carlos Lezama empiece a pensar que se perdió tu cariño… porque antes de que tú llegaras con la lancha al embarcadero, él mismo me confesó que empezabas a gustarle…

Ella juntó las manos suplicante:

—¿Es cierto?

—Yo debería hacer una trampa ahora, y sacar el as de oros para mí, pero te lo doy. Es cierto—y el madrileño pegó un puñetazo en su propia rodilla—. ¡Seré estúpido! Te quiero y hago nacer en ti la esperanza de que Carlos Lezama compartirá tu cariño. En fin, no tengo remedio. Me voy al bohío de un amigo mío a anegar mi estupidez en mosto.

—Aguarda un instante, Diego. Dame tu mano.

El madrileño denegó con la cabeza, recelosamente.

—No. querida. Si me coges una mano, me quedo sin ninguna. ¿Voy a asir mi pistola con los dientes?

Rió ella alegremente. Y el trino musical de su rara risa, fascinó a Diego Lucientes…

—Tu risa enamora, Mary… ¿Para qué quieres mi mano?

—Desconfiado!¿Acaso soy yo una traidorzuela?

—Bien sé que siempre obraste con rectitud, aun en tus momentos más piratescos—dijo el madrileño, y tendió su mano—.

Ahí va. Sea lo que sea. Puedes estrecharla amistosamente o tumbarme de un pistoletazo, que bien merecido lo tendré por bobo y... Pero. ¡repámpanos! ¿Qué es eso?

Mary Dear acababa de besar la única mano del pelirrojo. Diego Lucientes, quizás, por segunda o tercera vez en su vida, enrojeció avergonzado, retirando prestamente su mano de entre las dos de la inglesa.

—¿Estás loca, pirata del demonio? ¿De cuándo acá besan las mujeres zarpas de fullero?

Mary Dear volvió a reír...

—Eres como él, Diego... Quieres encubrir los gestos nobles con velos de cinismo... ¿Crees que no te he adivinado?

—¿Adivinado el qué?

—Ya una vez me dijiste que el amor de Carlos sería para mí la regeneración. Y tú quieres darme esta posibilidad. No enturbies la belleza de tu gesto con tus acostumbradas reflexiones de burla.

Levantóse Diego Lucientes, encasquetándose el tricornio.

—Lo único que sé de cierto, Mary... es que yo también, en lo que humanamente pueda, te ofrezco ser mi esposa de veras... si Carlos Lezama persiste en no aceptarte como a tal. Hasta la vista.

Iba a salir precipitadamente, cuando con suave entonación distinta a su habitual tono impasible, Mary Dear dijo:

—Acepto la trampa, Diego. Cuando Carlos regrese, fingiré que por despecho me he casado contigo... y si así no logro lo que quiero... entonces... por bueno y caballeroso... quizás pueda quererte a ti como te querría una hermana...

Volvióse el madrileño, guiñando un ojo:

—Hermanas inglesas, no las quiero, que nací en los Madriles. Hasta la vista.

En la calle, al ensillar, el madrileño iba rezongando términos poco elogioso para sí.

—Y le crees listo, Dieguito. Eres un espantoso cretino, que juegas a redentor... ¡Bella es cuando ríe! Y me estremece de amor su voz al hablar dulcemente... ¡Al diablo!

Espoleó con energía su caballo. Instantes después, lo detenía ante la capilla protestante.

Un obeso individuo, vestido con levita y negro pantalón ceñido, le salió al encuentro.

—Buenos días. ¿Quién es el reverendo Cornelius van Doer?

—Yo soy. ¿Qué me queréis?

—Daros un buen consejo, reverendo. Si me vierais, ¿me reconoceríais?

—Indudablemente. Tenéis una traza especial, inconfundible. Vuestros cabellos, vuestro antebrazo manco...

—Miradme el otro antebrazo.

Y Lucientes tendió desde la silla una bolsa tintineante.

—Hay aquí dentro más de lo suficiente; para los gastos de una boda a todo rumbo, ¿no?

—En efecto — dijo el falso pastor protestante embolsando en la levita el dinero que acababa de recibir.

—Bien. Esta mañana me habéis casado con una inglesa llamada Mary Dear. Nos habéis dado la bendición, y asunto terminado.

—No logro comprender...

—¡Tardo sois de entendederas! Podría darse la casualidad de



—Lo estudiaré, llegado el caso...

que un caballero pirata amigo mío os preguntara si es cierto que esta mañana, yo, Diego Lucientes, español, he desposado a Mary Dear, inglesa. Vos afirmaréis que así fué. Y asunto terminado..

El fingido pastor protestante sacó con pesar la bolsa del faldón de su levita. La colocó sobre la silla de Diego Lucientes, junto al arzón.

—No se presta mi profesión a burlas de esta índole, caballero.

—No había burla. Se trata de una mujer que puede hallar, gracias a esta inocente mentira, el camino del bien. Pero en fin, libre quedáis de contestar negativamente. Tan libre como yo de venir a saltaros la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—¿Os atreveríais a matar a un representante de...?

—¡Chitón! No sé si me atrevería o no. Lo estudiaré llegado el caso y cuando vos os neguéis...

Espoleó su caballo y tiró al suelo la bolsa que rebotó tintineando en el empedrado... Suponía que el vividor que había suplantado astutamente la personalidad de un pastor protestante—todo el pueblo creía que lo era, en realidad—la recogería prontamente, después de sus fingidos escrúpulos...

Poco después, desmontaba ante el caserón donde el vasco Ursúa iba, según sus declaraciones, ahorrando con honesto trabajo de cultivador y accidental posadero.

La negrita llegó apareciendo por la puerta del fondo cuando Diego Lucientes, ya sentado, se había servido una jarra del barril que Ursúa reservaba para la “gente de paladar”.

—El amo me manda para que diga al señor que le perdone. Le ha visto llegar a caballo, pero está en el campo con mi padre. Vendrá a mediodía. Mientras, quedó yo al servicio del señor para cuanto guste mandar.

—No te comprometas tan a la ligera, capullito —sonrió Lucientes—. ¿Por qué te llaman Alelí?

—Porque dicen que es una flor de la selva. Yo soy de Haití.

—Ya me lo dijiste, encanto obscuro. Tienes rostro de ser lista. Y yo podría ayudarte en algo. ¿Te gustaría volver a Haití?

—Volveré tan pronto como pueda, señor—dijo ella, risueña, rodando los blancos globos de sus grandes ojos—. Cuando reúna más florines...

—Ya. Poderoso caballero es don Dinero. ¿Y para qué quieres los florines?

—Porque Demetrio me espera para comprar un ranchito.

—¿Quién es Demetrio?

—El que cuando tenía diez años pidió a mi padre que yo fuera su esposa.

—¡Repámpanos! Y luego dicen que si yo me apresuro en pedir esposas. A los diez años, yo, lo más que podía era un aro... Bueno, hija, ¿y Demetrio no puede ahorrar y completar los florines que te faltan?

—¡Oh, no!—protestó ella, escandalizada—. Eso es feo. El que ha de ser mi marido, no puede darme dinero. Yo desde los diez años trabajo para que él se compre el ranchito.

—Dame otro jarro. Alelí, que da sed el oírte. ¡Repámpanos! Cuando me quede sin blanca, iré a Haití por una esposa negra. ¡Valientes zánganos serán los Demetrios de por allá!

Apuró de un sorbo el jarro que acababa de llenarle la negrita.

—¿Es bueno contigo el señor Ursúa?

Ella desvió la mirada y su semblante tornóse melancólico.

—Me pega. Me trata como si fuera una mula de las que tiran de su arado en el campo.

—¡Excelente! Bueno, perdona, hija. Quiero decir que podemos llegar a un acuerdo tú y yo. ¿Cuántos florines te faltan para que el camastrón de Demetrio se compre el ranchito?

—Treinta y cuatro florines. Pero dentro de cuatro años los tendré ya.

—¿Cuatro años? ¡Repámpanos! Eres modesta y juiciosa, Alelí. Veamos a ver qué me queda en la faltriquera.

Fué hurgándose los bolsillos y apilando en la mesa varios montoncitos de monedas de oro. Florines que a la llegada a Paramaribo había adquirido a cambio de escudos.

—Uno, dos, tres, cuatro...—fué contando—. Cuatro montones de diez florines, que relucen tanto como tus ojos... Dicen que los de Haití son ávidos de oro...

—El oro es la felicidad, señor—dijo ella, temblorosa.

—Eres una mula, copo de nieve. Tráeme otro jarro. Pero, en fin, si el casarte con Demetrio es tu felicidad, vamos por la segunda boda, ¡repámpanos!

Chasqueó la lengua complacido al terminar de beber.

—¿Qué he de hacer, señor? ¿Serán míos esos florines?

—Según y conforme, girón de algodón. Quiero saber ciertos detalles referentes a la vida nocturna del señor Ursúa.

—Pregúnteme. Yo hablaré para vos nada más, señor. Y callaré cuánto me pregunte. Ni a mi padre se lo diré.

—¿Viaja con frecuencia el señor Ursúa?

—Nunca. Pero... a veces le he oído a la noche irse... y hace pocas noches no regresó hasta la madrugada.

—Iría de francachela por la ciudad. Se cansó de servir vino a los demás, e iría a tomárselo él.

—No. Porque fué a la ribera y desapareció en una gruta obscura, lejos de aquí... Más allá de la estancia del señor Jan Dordrecht, que es el que construye buques.

—¿Cómo lo sabes?

—Le seguí... porque yo... ¡No me atrevo, señor!

—Atrévete, Alelí. Estoy curado de espantos.

—¿Es un hombre muy malo, verdad, el "Holandés Fantasma?

—¡Agua!;. ¡No, no me traigas ese infecto líquido! Ha sido una exclamación de sorpresa. ¿A ver si tú y yo estamos sobre la misma pista? ¿A cuento de qué sacas a relucir al "Holandés Fantasmón", hablando como estamos de tu amo el señor Ursúa? Lléname otro jarro, que me has dado sed al citar el agua.

La negrita obedeció, para regresar con furtivos pasos...

—Yo creo que mi amo es el "Holandés Fantasma"...

—¡Repámpanos! Si lo crees así, ¿por qué no lo has ido a decir a los prohombres de la ciudad?

—Tengo miedo... muchísimo miedo. Hay esqueletos, tambores, luces de infierno...—susurró ella con temblores en el cuerpo.

—¡No seas mulita! Eso son visiones, tontuela. ¿Dónde tuviste esas visiones?

—Al poco de entrar el señor Ursúa en la gruta, hasta donde le seguí. Quedé oculta entre los matorrales... y salió una procesión de esqueletos; yo corrí cuanto pude, señor.

—¡Valiente eres, hija! Que si yo veo una procesión de esqueletos, me parece que me quedo sin pies. Escucha, Alelí: tuyos son los cuarenta florines. Cógelos y escóndelos...

La negrita arrojóse como una fiera hambrienta sobre las monedas, que barrió con una mano, echándolas en su falda. Y, convulso el rostro por una intensa avaricia, desapareció corriendo.

Diego Lucientes quedóse mirando la mesa vacía de oro. Apoyó la diestra en la empuñadura de su espada, dando juego al acero.

—¡Esqueletos... visiones...! La verdad es que me he quedado sin los cuarenta discos de oro, y la trapisondista novia de Demetrio se ha ido a darle el soplo al señor Ursúa. ¡Ya me parecía a mí demasiado bonito todo eso! ¡Siempre te metes en camisas de fantasmas de once varas y media, Dieguito! En fin: mientras le quede panza al barril nos consolaremos...

Pestañeó al ver de nuevo a Alelí que, desaparecida la fiebre primera volvía a ser la negrita sumisa y risueña de siempre...

—Tu esclava soy, señor. Los florines eran buenos. Los mordí... y los he enterrado. ¿Qué debo hacer para ganarme los dos florines de más que me diste?

—Acabar de complicarme la vida, Alelí. Tú me acompañarás esta noche a la gruta de los esqueletos...

—Pero... si salen yo correré...

—De acuerdo. Y no te olvides al echarte a correr de cogerme por la mano y arrastrarme contigo, que yo no quiero amistades con esqueletos. Bueno, Alelí. Aquí no se ha hablado nada, ¿eh? Y esta noche, cuando duerma el señor Ursúa, iremos a la gruta encantada. Será una visión tuya. La noche tiene mucho misterio, y las sombras de los árboles se nos antojan fantasmas.

Cuando el vasco Ursúa vino, con grandes muestras de júbilo a estrechar la mano de Diego Lucientes, éste intentó hacerle aprobar el plan que había meditado.

—Mi compañero, el señor Lezama, se hizo a la mar. Volverá pronto, porque está en la boca del río a la espera del “Holandés Fantasma”... ¿Os asusta oír mentar al fantasmón? Veo que palidecéis...

—Es el espanto de todo buen cristiano—dijo el vasco persignándose.

—¡Sí que lo es! Y yo he pensado que las posadas holandesas son aburridas. No dan más que cerveza y platos rebosantes de grasa, En cambio aquí, en la casa de un español, estoy como en mi propia casa. ¿Cuánto me señaláis a diario para ser vuestro alojado?

El vasco frotóse las manos enérgicamente.

—¿Os parece mucho un florín diario? Todo el vino que queráis, abundante comida, y un lecho que os prepararé aquí mismo. ¿Os acostáis pronto?

—¡Prontísimo! Soy hombre de mar. Duermo de un tirón desde

las nueve hasta las seis de la madrugada, Y ni los cañonazos me despiertan.

—Mejor, ya que yo también me acuesto pronto, porque voy pronto a mi labor. ¿Ajustado en un florín?

—Ajustado.

Pero aquella noche no pudo ser la proyectada excursión, porque el vasco Ursúa colocó para él una hamaca en el interior del bohío, y Diego Lucientes en "duermevela” se durmió profundamente...

Influyeron, quizás, en ello, los excesivos tientos que dió al barril. Al amanecer, oyó levantarse al vasco, y también él puso pie en tierra. Pasóse el día acompañando al vasco y a los dos negros en la labor del campo y la corraliza.

Y cuando estaba tendido en su camastro, fingiendo roncar, roncó más estrepitosamente al percibir que las mantas con que en la hamaca se cubría el vasco se removían y una pierna, desnuda y cubierta de vello tanteaba a la luz del velón hasta posar su desnuda planta en el suelo tapizado de hierbas...

Ursúa salió del bohío después de vestirse cautelosa y silenciosamente. Diego Lucientes dirigióse al barril y, descolgado un pellejo acondicionado como vasija, rellenó la piel con vino.

Colgóse la ubre repleta al hombro, y recibió el primer susto al ver en la tenue penumbra deslizarse una sombra negra hacia él con susurros silbantes...

—Soy yo, señor—bisbiseó la sombra—. Alelí...

—Mal rayo te parta, Alelí! ¿Vas ya a jugar al esqueleto, ¡repámpanos!?

—El señor Ursúa acaba de ir hacia la ribera...

—Eso es. Y no me queda más remedio que beber el vino hasta el cáliz, ya que pisé la uva podrida. ¡Vámonos a la ribera!

—Deme usía la mano, señor. Yo le conduciré, que rastreo muy bien la huella del señor Ursúa...

—“Alea jacta est”, como decían los valientes romanos con humos de emperador. La suerte está echada, digo yo. Dirijámonos a los umbrales de tu gruta de ultratumba...

Fué una marcha laboriosa, a través de la noche y la maleza. De vez en cuando, Lucientes liberaba su mano, aprisionada, por la tibia manecita de la negra, y volcaba la cabeza hacia atrás alzando el pellejo repleto de vino...

—Para matar el gusanillo del frío, niña—bisbiseaba cada vez.

La bruma se cernía sobre el río y quedaba ya atrás la ciudad, cuando la negrita cesó de andar, agazapándose entre los matorrales.

Diego Lucientes imitó su posición... Estaba fatigado por la larga caminata...

De pronto, oyóse un acompasado rumor como de tambores apagados...

—¡El... el holandés...!—gimió Alelí, asiéndose frenéticamente del brazo de Diego Lucientes.

—¡Ola... claro, estú... pida! Paramaribo es un semillero de holandeses.

—¡El... "Fantasma", señor!... Se anuncia con este ruido...

Un agudo grito perforó la opresiva atmósfera. Unos pasos precipitados procedían en loca carrera por entre la bruma a acercarse hacia los matorrales donde se ocultaban Diego Lucientes y Alelí...

Otro nuevo grito de terror infrahumano erizó los cabellos de Diego Lucientes... Acababa de percibir entre la bruma monstruosas siluetas muequeantes de esqueletos corriendo tras una sombra negra...

Diego Lucientes sintióse atraído por bruscos tirones nerviosos, y contagiado por la bruma y su reciente visión de ultratumba, echó a correr asido de la mano de Alelí...

No pudo calcular el tiempo que corrió... Agotada, la negrita dió un traspiés y cayó de bruces... Encima de ella, perdido el equilibrio y sujeto por la mano de Alelí, Diego Lucientes cayó también...

Y ambos, respirando fatigosamente fueron acomodándose entre los matorrales...

—¿Volvemos al bohío, señor?

—Aquí aguardo yo a que luzca el sol. He echado los bofes fuera, maldita seas. Tus gritos me han empapado de sudores la camisa... y los esqueletos hicieron el resto.

—Yo no era quién gritó, señor... Estoy rendida.

—Duerme... o vete al bohío.

—Sola, no me muevo, señor. Me moriría de miedo...

—¡Bien! Pues... esperemos a que el sol nos saque el miedo del cuerpo...

—Y mañana, ¿qué diré yo al señor Ursúa?

—Le hablaremos tú y yo. No te preocupes. Pero esa broma de los esqueletos, no se la perdono yo.

La venció el cansancio, y estaba alto el sol cuando Alelí abrió los ojos. El río Suriname rutilaba destellos... Toda 1a bruma había desaparecido. El paisaje, alegrado por los trinos de los pájaros, hacía pensar que la ronda macabra de la noche transcurrida entre los matorrales era obra visionaria de una pesadilla...

Diego Lucientes dormía, respirando acompasadamente... Su vasija de piel aparecía vacía de vino... Y la negrita sonrió, comprendiendo la causa del profundo sopor del “caballero generoso”.

Tocó respetuosamente en un brazo al hombre dormido. Tuvo que insistir varias veces antes de que abriera los ojos Diego Lucientes.

El madrileño se incorporó sobre un codo, mirando a su alrededor. Al fijarse en el rostro de la negrita inclinado sobre el suyo, se estremeció:

—¡Repámpanos! — murmuró con voz enronquecida—. ¿Qué hacemos aquí en plena selva, tú y yo, como dos simios? Por favor... ¿me he casado contigo?

—¿Qué decís, señor? ¿Casaros conmigo, una pobre esclava? ¿No recordáis ya?

—Si recordara, ¿te iba a preguntar, córcholis? Aguarda... aguarda... La carrerita galopando como cebras por el bosque... Los gritos... Los esperpentos... ¡Agua!

Se puso en pie de un salto, imitado por Alelí asustada.

El madrileño señalaba un velero que avanzaba rápidamente por el río...

—Ya está de vuelta el caballero Lezama... Ya irá él a la gruta... y entonces no correré... Vamos primero a tu bohío, Alelí. Me desquitaré con tu amo del trago amargo que esta noche he bebido...

Y, tirando la vacía “bota”, Diego Lucientes cogió por la mano a la negrita, emprendiendo el largo camino de regreso al bohío del vasco Ursúa...

CAPITULO VI

¡Desenmascarado!

Mathys van Bostel abandonó su trabajo en los almacenes de la ribera al divisar la silueta gallarda y airosa del velero “Aquilón”, que entraba en el fondeadero.

Y tomó el camino de su casa, tal como había convenido con sus cuatro amigos y colegas de gobierno,

Sucesivamente, fueron llegando Roderyck Vrijman, Haal Janstz, Hendrick Meermin y Jan Dordrecht.

—¡Pronto regresa el pirata español!—comentó Vrijman.

—Habrá desistido de esperar que la leyenda sé transforme en historia —dijo, riendo, con su vozarrón potente, Jan Dardrecht.

—El “Holandés Fantasma” existe —dijo Haal Janstz—. No más tarde de anoche, oí sus tambores, que sonaban en la bruma...

—Bebamos — aconsejó Mathys van Bostel—. Y aguardemos las nuevas que nos trae el español.

* * *

Cuando el “Aquilón” echó el ancla, se destacó una lancha del velero y Carlos Lezama puso pie en el embarcadero, mientras Piernas Largas ataba el calabrote alrededor de un madero, inmovilizando la lancha.

El Pirata Negro miró intrigado la pareja resoplante que formaban el alto Lucientes y la diminuta negra, asidos por la mano.

—Salve, señor—saludó Lucientes respirando entrecortadamente

—Hemos venido corriendo, ella y yo, a darte la bienvenida y noticias abundosas y enjundiosas.

El Pirata Negro observó con atención la figura de Alelí.

—¿No me vas a decir que...?

—Estás herido, señor. Tu frente ostenta una brecha reciente y

fresquísima.

—Ardorosa. Caricia de un esqueleto armado de un leño muy vivo.

—¿Esqueleto? Entonces no fué exceso de mosto ni pesadilla de negra visionaria lo que anoche vimos ella y yo.

—Vayamos por partes, estudiante. Esta gentil y sonrosada doncella, ¿en calidad de qué te acompaña?

—Me ha enseñado a correr como un gamo a través de la selva. Y también me llevó a una gruta de ultratumba, donde crecen los esqueletos gesticulantes como crecen las setas en el monte tras las lluvias. Me tranquiliza el ánimo confesarte que esta gentil blancura no es mi esposa por una razón muy sencilla: Ayer por la mañana en la capilla protestante me casé con Mary Dear.

El Pirata Negro arqueó las cejas. Crispó un puño, y, al fin, abrió lentamente la mano, que tendió abierta.

—Parabienes, "Medio Brazo". Más prefiero verte casado con la inglesa que con la última esposa que tuviste—y deshaciendo el apretón de manos, señaló a Alelí: —¿Dices que esta niña te acompañó a una gruta donde visteis esqueletos?

—¡Sí, señor! ¡Y el señor Ursúa es el "Fantasma"!

Perplejo, el Pirata Negro pasóse el meñique por el bigotillo.

—¿Ursúa? No lo creo... Tengo mi propia idea acerca de quién es el fantasma holandés... y por él vine. No obstante, tiempo tengo de ir a visitar a Mathys van Bostel. Podemos ir ahora a esta gruta. Me interesa.

Miró Lucientes el cielo azul donde el astro solar rutilaba.

—Vamos—declaró animoso—. Te... aguardaremos en el umbral.

La gruta abríase al margen de la ribera, fuera ya de la ciudad.

—Quedaos en el exterior—aconsejó el Pirata Negro—por si viniera alguien.

—¿Y si viene alguien de dentro?

—Atrápalo si puedes, estudiante.

Tardó media hora en regresar el Pirata Negro. Media hora que a Diego Lucientes se le antojó medio año.

Lezama salió riendo silenciosamente. Se acarició la frente.

—Ya suponía yo que un esqueleto no atiza estacazos. Bien: puedes ir en busca del señor Ursúa... aunque sigo creyendo que él no es nuestro fantasma...

—¿Eh?... ¿Qué... fantasmas es eso? —balbució Lucientes.

Un ronco gemido alzábase por entre la floresta circundante. Corrió el Pirata Negro, y tras él Lucientes y Alelí, hacia el lugar de donde había brotado el murmullo...

El vasco Ursúa yacía boca arriba, oculto entre un tupido matorral. Estaba atrozmente cosido apuñaladas y tenía semidestrozado el cráneo, con huellas de haber sido golpeado por un instrumento sin aristas, que había abierto hondas brechas en su cuero cabelludo...

—Está agonizando—dijo el Pirata Negro, arrodillándose junto al moribundo.

—Yo... quería el oro... del "Holandés Fantasma"... —musitó tenuemente el vasco, con los ojos cerrados— Encontré la gruta... y anoche... me mataron los esqueletos... ¡Dios me perdo... ne...!

Por más que tendieron el oído ambos hombres, ya no habló más Ursúa. Fué cabeceando por intervalos y, al fin, quedóse rígido.

Dejaron a la negra al cuidado del cadáver, y tomaron el camino hacia el fondeadero, donde aguardaba "Piernas Largas".

—Vete a bordo, andaluz —ordenó el Pirata Negro—. Te dirigirás con lanchas, acompañado de "Cien Chirlos "y veinte hombres, ribera abajo. Una negrita te hará señales. Ve a su encuentro y permaneced en la gruta hasta que os envíe nuevas órdenes.

* * *

—... y entonces el francés Pierre l'Olonois, mató de recia puñalada español Contreras. Y dice la historia que Contreras fué enterrado con un epitafio sobre su tumba, que decía: "Yo lo maté por cobarde", y que firmaba Pierre l'Olonois.

—Siempre os olvidáis de algo, señor Meermin—dijo el Pirata Negro —desde el ventanal—. Y es que el pirata olonés halló muerte a manos de una mujer española, la esposa de Contreras, quien le enterró con un epitafio que rezaba: "Dios se apiade de tu alma. Eulalia Contreras". Buenos días tengan vuesas mercedes.

—Buenos días tengáis—saludó gravemente Mathys van Bostel—. Pudisteis entrar por la puerta, ya que sois bien acogido,

—Soy fiel a mis costumbres. Además, bien acogido... lo dudo. Al menos hay uno de vosotros cinco que me cree muerto. Sí...—y avanzó hasta sentarse a la mesa, frente a los cinco holandeses.

Diego Lucientes le imitó, pero sentándose en un sillón,

—Hay uno de vosotros cinco que me cree ahogado en el mar brumoso, mientras el fuego consumía el velero. Pero mi velero ha anclado en el puerto de Paramaribo, y yo os estoy hablando.

—Tened cuidado con lo que decís— le reprochó Mathiys van Bostel—. Parece ser que acusáis a uno de nosotros de los tristes sucesos que os han acaecido en el mar.

—Expondré los hechos uno tras otro, señores. Vos entendéis de navegación, señor Dordrecht, ¿no es así?

—Es mi oficio—declaró pomposamente el aludido.

—¿Creéis que un barco puede avanzar sin velas?

—A la deriva, sí.

—No iba a la deriva el barco a que me refiero. Se dirigía rectamente a mi abordaje Y no tenía velas en sus palos desnudos.

—Es imposible... Así, sólo avanzan las galeras de remos...

—Exacto, señor Dordrecht. Vos lo habéis dicho. Figurémonos por un instante que, a favor de la bruma, unos remos se hunden en el mar acompasadamente. Remos embadurnados de pez y brea para que no sean visibles.

—¿Y qué queréis indicar con ello? —apremió impaciente Jan Dordrecht cuyo vozarrón resonaba estruendosamente—. Nos urge saber del “Holandés Fantasma”... y nos venís con palabras incongruentes.

—Yo soy incongruente, pero nunca lo son mis palabras y menos mis acciones señor Dordrecht. Que la mayor incongruencia está en hablar como vos lo hacéis, trueno sin relámpago, vozarrón sin sesos...

—¿No querías caldo? — murmuró sonriente Lucientes—. ¡Pues toma cuatro tazones!

Jan Dordrecht enrojeció, pero guardó silencio.

—He citado unos remos ennegrecidos, remando en la noche brumosa, para dar explicación al por qué avanza un barco sin velas. Era el procedimiento empleado por el barco fantasma del “Holandés”, que nada tiene de fantasma. ¿Queda aclarada mi incongruencia, señor Dordrecht?

El interpelado asintió, hosca y mudamente, con grave cabezada.

—Ahora, vuestro turno, señor Haal Jantez. Vos fabricáis toneles y barricas de las que estáis muy orgulloso, con razón. ¿Qué material empleáis con preferencia?

—Naturalmente empleo sólidas maderas de árboles, a las que doy forma con aros de metal, caldeando la madera a fuego lento.

—Habéis citado el fuego, ¿Creéis posible lanzar llamas a lo lejos?

—Difícil es que os responda, porque no conozco ardides guerreros. Vos, por... pirata, mejor sabréis cómo pueden lanzarse llamas a lo lejos.

—Supongamos que emplee una catapulta cuyo remate sea un hueco donde se ajusten barricas llenas de estopa. Prendo fuego y suelto las amarras de la catapulta. Por el aire, prende la llama en la barrica, y ya tenemos explicado el misterio de un barco lanzando llamas que parecían brotar de su vientre como de un infierno. Bastaba una catapulta de sólidas maderas de árbol y unas ilusiones ópticas, muchos espejismos.

—No adivino a dónde nos queréis conducir, señor español—dijo Mathys Van Bostel—. En el mar hay muchas ilusiones ópticas, muchos espejismos...

—¡Muchos! El más corriente es que, entre las sombras, un hombre alto y robusto, dotado de una cabeza, que no es tal cabeza sino un halo de luz extraña, parezca un gigante... Pero llegaremos más tarde a eso. Veamos, ya que habéis hablado, señor Van Bostel, ¿qué vendéis en vuestros almacenes?

—Todo género de mercancías.

—¿Vendéis cotas de malla? Esa prenda interior, generalmente blanca que suelen llevar los ancianos, y aún hombres maduros que quieren protegerse de los fríos de las cumbres o de los inviernos...

—Sí, las vendo. Las hay blancas y también las hay hiladas en lana obscura...

—Gracias, señor van Bostel. Figuraos por un instante que yo revisto mi cuerpo, desnudo enteramente, con una malla de esas. Pero la he teñido de negro y he pintado en ella tiznones blancos semejando huesos. En una noche de bruma, lo negro no se verá... Sólo destacarán los tiznones blancos, con los que también me habré embadurnado la cara, tiñéndola en blanco y negro. Negro para las sombras, blanco para lo que parecerá...

—¡Esqueletos! — gritó Lucientes nerviosamente—. ¡Chúpate esa, Dieguito! ¡Para que otra vez te eches a correr como un galgo con pulgas en el rabo cuando veas un esqueleto!

—Queda explicado, también, por qué hay gente que cree haber visto esqueletos paseándose por la cubierta de un barco perdido en la bruma. Y ahora, a vos os toca, señor Meermin. Aparte del odio que en vuestras lecciones de historia manifestáis por los españoles, ¿os reputáis buen alfarero?

—El señor presidente van Bostel puede afirmar que soy el mejor alfarero holandés.

—Pintáis excelentemente, pues, los adornos de las vasijas que luego ornamentan las mansiones con alegres toques. Decidme, ¿no usáis cierta pintura que es una maceración de hierbas y que se ilumina de noche?

—Cierto—admitió Meermin—. Precisamente el señor presidente van Bostel me compró varios tarros de esta pintura que tiene poder de iluminar de noche.

—Con la que pinté las horas de mi reloj de pared, y así, por la noche, sé la hora en que estoy—dijo sonriendo levemente el austero holandés presidente del Consejo de Gobierno del País del Suriname.

—Suponed que desnudo mi torso, coloco alrededor de mi cabeza un casco antiguo de guerrero holandés, con estrecha visera que me permite ver sin ser visto. E1 resto lo embadurne con esta pintura... y parece que mi cabeza sea una llama... El resto de las ilusiones ópticas que ayer padecí, se deben al fuego encendido en la cala junto a la catapulta interior del barco fantasma. Bien, señores, hace calor.

Y Carlos Lezama quitóse la chaqueta de paño, que depositó sobre la mesa. Quitóse también la camisa, quedando a torso desnudo.

—¡Chocante!—murmuró van Bostel.

—¡Descortesía!—bramó Jan Dordrecht.

—¡Arriad velas, señores!—rió el Pirata Negro—. Para evitar que yo sea descortés os ruego que me imitéis. Necesito ver vuestros torsos desnudos al igual que el mío.

—¡Locura de pirata extravagante!—gritó Jan Dordrecht.

—¡Capricho sin fundamento!—musitó gravemente van Bostel.

—¡Tregua a las acusaciones falsas!—sonrió Lezama—. ¿No véis recientes heridas en mi pecho, en mi hombro y en mi frente? Me las produjeron los esqueletos, que no eran esqueletos, del “Holandés Fantasma”, que no era fantasma. Y, naturalmente, las estacas que

usaban nada tenían de fantasmales... La prueba está en mis heridas... Y por eso os pido que os desnudéis de cintura para arriba. Los cinco sois hombres fuertes, altos, corpulentos y sanos,.. ¿Sanos? ¡No! ¡Uno de vosotros ha sufrido esta noche un percance!

Los cinco holandeses miráronse entre sí perplejos.

—¡Ultimo razonamiento sensato, señores!—continuó diciendo el Pirata Negro—. Y por último vez ruego quo os quitéis las casacas y cuanto encaje y seda cubre vuestros torsos. Después... mi compañero y yo os demostraremos que también sabemos desnudar con la punta de nuestras espadas sin herir gravemente.

—Ved, señor pirata, que no podemos sometemos a vuestro capricho extravagante sin grave mengua para nuestro decoro— dijo Mathys van Bostel con semblante contrariado.

—¡Grave falta al decoro!—vociferó Jan Dordrecht.

—Veamos si procuro evitarme la desagradable falta de cortesía de teneros que desnudar a cintarazos. Me apenaría llegar a tal extremo con caballeros de vuestra plácida cortesía. Anoche fui atacado por el barco misterioso del “Holandés Granuja”. Me echaron al agua sus esbirros disfrazados con cotas teñidas en blanco y negro. Pero tuve tiempo de dejar mi rúbrica. Sí... lancé mi puñal que quedó incrustado en el hombro derecho del “Holandés Fantasma”...

Mathys van Bostel se levantó, y con mesurados ademanes fué quitándose la gorguera de encajes, la casaca, la camisa y una prenda interior de lana.

Sus hombros blancos y robustos quedaron desnudos.

—Gracias, señor presidente—saludó irónicamente el Pirata Negro—. Os conviene tomar un poco el sol. ¿Y vos, señor Dordrecht?

—No puedo ser menos que mi presidente—gritó el cantor.

Fué imitado por Roderyck Vrijman y Haal Jantez.

Hendrick Meermin se levantó gravemente.

—No puedo asociarme a esta infantil exhibición, colegas. Pido permiso al señor presidente para abandonar su casa.

—¡Tate!—y el Pirata Negro, con los ojos relucientes y fruncida la boca en dura sonrisa, se interpuso en el camino de Hendrick Meermin, que se dirigía hacia la puerta.

Los otros cuatro holandeses revistieron apresuradamente sus

camisas y casacas.

Hendrick Meermin retrocedió un paso. De pronto desenvainó aceleradamente.

—¡Cede el paso, pirata! ¡Que no me someteré al capricho de un odioso español perdonavidas!

Lezama esquivó con un felino salto de costado la feroz estocada que el atlético holandés le dirigía. Hendrick Meermin empuñaba la espada con la mano izquierda.

Aferró el Pirata Negro la muñeca de la mano armada, mientras su bota, proyectándose hacia adelante, alcanzó de lleno en el estómago a Hendrick Meermin.

—¡Mi pie no es de fantasma, holandés!—musitó el Pirata Negro mientras descargaba con todas sus fuerzas un recio puñetazo en la nuca de Meermin.

El propio Mathys van Bostel se inclinó sobre el caído Meermin y apartó los encajes y las sedas hasta dejar al descubierto el hombro derecho del alfarero.

Un paño, sostenido por ancha venda, rodeaba el omoplato y el pecho del holandés... Y percibíase en el blanco tejido un enrojecimiento de sangre...

El Pirata Negro levantó en vilo al corpulento y alto holandés, que poco después quedaba atado en un sillón.

—¡Ahí tenéis al famoso “Holandés Fantasma! Rollizo, atlético y bien alimentado...

Los otros cuatro holandeses fueron examinando, con hondo estupor, el hombro herido del desvanecido.

—Pudo herirse en el trabajo—comentó Roderick Vrijman.

—Lo habría dicho al vernos—aseguró Mathys van Bostel.

—No buscó tal excusa, porque supuso: o bien que yo estaba muerto, o que mis hombres no me habían visto lanzar el puñal. ¡Ah, nos está dedicando un amistoso pupileo azul!

Y el Pirata Negro señaló los ojos azules y abiertos del alfarero.

—¡Pido justicia contra ese pirata!—gritó Meermin—. Apresadle por injurias de obra y calumnias contra un súbdito holandés. ¡Pido justicia, señor Mathys van Bostel!

—La tendrás, Hendrick Meermin— declaró ceñudamente el presidente.

—La herida de mi hombro es el resultado de un deslizamiento

de mi mano al empuñar el buril. Bien sabéis que, para grabar mis lozas blandas, apoyo el soporte de madera contra el hombro, y…

—¡Lo contarás mañana, alfarero!— atajó Lezama—. Tengo veintidós hombres en la gruta que está al margen del río, pasada la segunda milla, al oeste del fondeadero. Que traigan acá a todos los alfareros de Hendrick Meermin. A éste, y a sus hombres les acuso de la muerte del vasco Ursúa y del asesinato de cientos de españoles. ¡Pido justicia contra Hendrick Meermin, el “Holandés Fantasma”!

CAPITULO VII

El final del Holandés Fantasma

Fué laborioso el interrogatorio, dada la mesura de Mathys van Bostel, pero todos los alfareros confesaron, pese a las negativas e injurias de Hendrick Meermin.

Dijeron que Meermin llevado por su odio hacia los españoles, les alucinó con la promesa de riquezas sin tasa.

Y en la gruta fueron hallados cofres conteniendo cotas de mallas teñidas en blanco y negro, imitando el esqueleto humano. La gruta estrechábase, rematando en una ancha salida al río, donde, oculta a toda mirada, estaba la nave desmantelada que servía para las excursiones del "Holandés Fantasma".

En un cofre del domicilio de Hendrick Meermin hallaron el casco de guerrero feudal, embadurnado de una substancia fosforescente...

Si los procedimientos de juicio duraron por su lentitud hasta la media tarde, fué breve la sentencia con la que Mathys van Bostel condenó a Hendrick Meermin y sus alfareros a ser decapitados.

Presenció la ejecución el Pirata Negro y poco después reuníase con los cuatros consejeros de Gobierno en la sala-comedor de Mathys van Bostel.

—Terminó la deshonra que suponía para Holanda el asesino Meermin— decretó Van Bostel—. Yo os pagaré la parte que prometió Meermin con imprudente atrevimiento...

—¡Gran generosidad por vuestra parte, señor Van Bostel!—dijo sonriente el Pirata Negro—. Pero no cierro el trato.

—No os comprendo. ¿No fijamos en treinta mil florines vuestra entrega del "Holandés Fantasma"?

—Cierto. Pero sois demasiado comerciantes, señores míos.

Queréis acoplar el negocio a la conciencia, y no transijo...

—¡Que no traga!—aclaró riendo Diego Lucientes—. En otras palabras, y tomo yo la voz porque al caballero Lezama le repugna hablar de viles intereses, se han hallado cofres repletos de joyas y oro, robados a los españoles. Los robó el "Holandés Fantasma" y no es justo que los holandeses vivos y aprovechados se queden con ello...

—Tampoco es justo que unos españoles se queden con el botín robado a compatriotas suyos—reprochó Mathys van Bostel, acariciándose la barba.

—Muy de acuerdo estoy en ello. ¿Cuánto suma lo robado por Meermin en sus crímenes, señor Van Bostel?

Mathys van Bostel compulsó una lista que se hallaba entre sus papeles.

—Dos millones ciento noventa y seis florines bien tasados —declaró amargamente—. Una riqueza fabulosa...

—En realidad, me pertenece, ¿no? Yo vencí al "Holandés Fantasma", si bien os dejé que le rebanarais el cuello. Escuchadme con atención, señores holandeses—y el Pirata Negro cogió la lista nominal de las riquezas rapiñadas por el "Holandés Fantasma". La rasgó en menudos pedazos— Cedo a Paramaribo, el pacífico País del Suriname, los doscientos millones y lo que rabea en florines.

—Tal generosidad es increíble—dijo Van Bostel admirado.

—Pero lo convertiréis en oro macizo. Una estatua, señores míos. Una estatua que represente lo que quiera que os inventéis. Pero tendrá en el pedestal una leyenda. La leyenda del "Holandés Fantasma". Tomad nota, señor Mathys Van Bostel. Al pie de la estatua grabaréis en letras de oro, la siguiente inscripción: "EL ESPAÑOL ES EL PEOR DE LOS ENEMIGOS Y EL MEJOR DE LOS AMIGOS". Nada más.

Mathys Van Bostel escribió lentamente.

—Como el peor de los enemigos, si es español, también avisa, os advierto que una vez que me haya embolsado mis florines, me haré a la vela. Pero volveré algún día... y si no se alza la estatua de oro macizo, que pese sus dos millones de florines, que del pico os haga gracia, arrasaré a sangre y fuego el País del Suriname.

—Tenéis mi palabra de honor de que se hará tal como deseáis, señor español—dijo Mathys van Bostel levantándose y haciendo un

saludo cortés.

—¿Deseáis alguna efigie especial? —inquirió el mismo van Bostel cuando hubo contado los treinta mil florines que entregó al Pirata Negro.

—¿Efigie especial? Colocad un velero sobre el pedestal. A nadie compromete, y podrá ser una bella obra de arte.

Cumplió su palabra el presidente van Bostel, y años después los ingleses, al apoderarse del País del Suriname, cedieron galantemente el velero de oro y su pedestal a los vencidos holandeses.

Estaban de acuerdo con la inscripción grabada al pie del velero...



El "reverendo" Cornelius van Doer recibió al atardecer la visita de un bronceado individuo, de rostro audaz e insolente, que sin embargo quitóse ante él su sombrero de anchas alas...

—¿Es ésta la capilla protestante, señor cura?

—Y yo su capellán—replicó Cornelius van Doer, con fingida firmeza.

—¿Abundan los casorios en Paramaribo?

—Los suficientes para cumplir con la ley bíblica, señor. Sois español ¿no es cierto? Ayer por la mañana casé a un señor español llamado Diego Lucientes con una súbdita inglesa llamada Mary Dear. Es de elogiar que las razas confraternicen.

Y Cornelius van Doer acogió con alegre sonrisa la brusca partida del Pirata Negro.

Aquella misma mañana había recibido la visita de Mary Dear y lo que no hubiese podido lograr la amenaza vana de Diego Lucientes, lo logró la emotiva confesión de una mujer enamorada y deseosa de lograr el camino del bien y la regeneración a través de una caritativa mentira.



El Pirata Negro detuvo por el brazo a Diego Lucientes al encontrarlo en el fondeadero en compañía de Mary Dear y le dijo con brusca entonación:

—¿Qué hacéis aquí con los bagajes de la señora Dear?

—Señora Lucientes, señora Lucientes—corrigió el madrileño—.

Hemos decidido que nos des generosa hospitalidad a bordo de tu barco, señor Lezama.

—¡Yo no tengo barco para arrullar lunas de miel!

—Dejé el mío para proteger a nuestros hijos, señor Lezama—dijo Lucientes engallándose—. Y me prometiste dejarme de nuevo donde se halla mi bergantín cuando vencieras al “Holandés Fantasma”. Y tú cumples lo que prometes.

—Cumplo. Por eso mismo te prometo que así como no me queda más remedio que dejarte en Angostura, te echo al mar si delante de mí te permites la menor familiaridad con… tu esposa. Tiempo sobrado tendréis cuando desembarquéis.

—Moderaré mis legítimos ímpetus, señor—prometió Lucientes sonriendo.

El Pirata Negro hizo un breve saludo ceremonioso ante Mary Dear.

—Permitidme qué os ruegue que vayáis a bordo sola, señora. Deseo hablar unos instantes con vuestro esposo.

Mary Dear enlazó altivamente su brazo con el del manco pelirrojo.

—Lo que a él le digas, Carlos Lezama, deseo oirlo como esposa suya.

—¡Maldita sea…! Perdonad, señora. Sois la esposa de otro y suelo ser cortés con las damas… aunque se enmariden mal. Os habéis casado con el loco estudiante… ¡por despecho!

—También puede ser que mi parla melodiosa y mis encantos varoniles la hayan hecho consolarse antes de lo que pensabas, señor Lezama. ¿O acaso te crees tú el único varón sobre la tierra?

Crispó los puños el Pirata Negro. Dominóse y sonrió…

—Una advertencia, “Medio-Brazo”. Llévatela lejos cuando desembarques en Angostura… Podría yo recordar que ella estuvo enamorada de mí, y aunque nunca he sido inmoral y siempre he dejado tranquilas a las que están uncidas al yugo matrimonial, quizás intentase reavivar en ella lo que forzosamente existe. Y a tu desafío al casarte con ella, podría yo replicar, reconquistándola…

Un seco bofetón cruzó la mejilla del Pirata Negro, y Mary Dear entró en la lancha que aguardaba…

Carlos Lezama quedóse acariciándose la mejilla abofeteada.

—¡Vete con ella!—gritó a Diego Lucientes.

—No. Estoy aguardando a ver cómo reaccionas, caballero Lezama.

Y Diego Lucientes hizo una señal, que supo interpretar “Piernas Largas”, quien remó vigorosamente alejando la lancha.

El Pirata Negro colocó la diestra en la empuñadura de su espada.

—Presta atención, Diego Lucientes. Tu esposa acaba de abofetearme. ¿Te haces solidario con su gesto?

—Por entero. Y lamento que no haya sido más que un bofetón, señor Lezama.

—¡Tate!—y el Pirata Negro sonrió irónicamente—. Has replicado como yo lo hubiera hecho en caso semejante. Ella me abofeteó con justicia, porque fui grosero... ¡Quién sabe si ella es una dama que no pudo serlo aparentemente! Y en cuanto a ti, bachiller del demonio, te repito lo que te he dicho hartas veces...

—Ya sé: Que tenemos demasiado parecido. Por eso, me llevarás al bergantín y dividiremos nuestras rutas. ¿Tú, al Norte? Yo, al Sur. Que el tesoro de Mary Dear redimida sólo me pertenece a mí.

—Es una lástima—murmuró el Pirata Negro.

—¿Dónde está la lástima?

—En que ella..., por lo que sea..., se haya casado con un botarate como tú.

—Lo prefirió a llorar por un botarate presumido como tú.

—¡Cuidado, Diego Lucientes!

—¿No te curas con vinagre? Pues toma vinagre cuando des vinagre, que eso hacemos los hombres.

—¿Dónde aprendiste esta frase?

—Oyéndotela a ti. Pero practica tus teorías, predicador.

—Lo dicho—y se encogió de hombros el Pirata Negro—. Tú, al Norte y yo, al Sur...

—Esa frase la repites de mí, señor Lezama.

—¡El diablo cargue contigo!

—Con ambos cargará...

—Hay una brisa fresca, estudiante... y tengo calor. Tu impertinencia me acalora la sangre.

—La aprendí en tu escuela, señor Lezama.

—¿Quieres que nos separemos amigos?

—Eso pretendo... Y lo lograremos si... ambos nos callamos.

—Estrecharé tu mano cuando subas a tu bergantín... Quizás

hayas encontrado en Mary Dear la esposa que te hace falta... porque tiene mano dura.

—Tu mejilla lo sabrá. Yo conozco de ella los tibios labios que huelen a pulpa de manzana y su risa melodiosa que da cosquillas en el cogote. ¿La has oído reir?..

—¿Y tú no me has oído nunca soltar palabras por andanadas? Cesa de elogiar a tu esposa. Hazlo cuando estés a solas con ella. Y para que nos separemos amigos, te pido un favor, Diego Lucientes. Hasta que lleguemos a Angostura, tú y tu esposa, permaneced encerrados en el camarote.

—Actitud incomprensible, señor Lezama.

—¡Imbécil! ¿Tendré que decirte que hace semanas y semanas que yo estaba luchando conmigo mismo entre mi deber de padre y mi anhelo de hombre? ¿No sabes que Mary Dear es la mujer más bella que me he tropezado? ¿No sabes que, si fué pirata, su corazón es bueno?

—Todo eso lo sabía yo, y por eso me he casado con ella. ¿Y qué? Te he ganado por la mano, señor Lezama... aunque me falta una. Cuando yo perdía una partida de naipes, no por eso decía al ganador que se encerrase en un cuarto obscuro. Hay que saber perder, señor Lezama.

—A veces te mataría, Diego Lucientes.

—No estamos ahora hablando de mí, señor Lezama. Pero en fin, ya que así lo deseas y a tu bordo estás y mandas, mi esposa y yo quedaremos ocultos a tus sensibles ojos.

Sin responder una sola palabra, el Pirata Negro saltó a la lancha que ya “Piernas Largas” había traído de regreso. Acomodóse Diego Lucientes en el banquillo opuesto y, en silencio, la lancha se dirigió hacia el “Aquilón”.

Epilogo

Desembocaba el “Aquilón” en la salida del delta del Orinoco cuando Carlos Lezama disponíase a cenar. Miró hacia la puerta de un camarote... Levantóse con brusquedad y fué a llamar con los nudillos.

Diego Lucientes asomó el rostro por la entreabierta puerta.

—Si vuesas mercedes quieren acompañarme a cenar—invitó Carlos Lezama inclinándose irónicamente—háganlo antes que se enfríe el caldo.

Diego Lucientes parpadeó, pero reapareció instantes después llevando del brazo a Mary Dear, sin hacer comentarios.

El Pirata Negro levantóse y aguardó a que se sentara la inglesa para hacerlo él frente a ella y a Lucientes.

—Os pido excusas por mis torpes palabras de esta tarde en el fondeadero, señora. A veces, peco de charlatán. Perdonádmelo, puesto que a tal defecto no añado el del rencor.

—Quedáis excusado, señor—dijo ceremoniosamente la inglesa.

—¿Estamos en la corte de Carlomagno?—inquirió Diego Lucientes—. Antes, creo que os hablabais de “tú”, ¿no? Se me escapa la razón por la que ahora os tratéis con tanta ceremonia.

—A las esposas de los demás, no acostumbro a tutearlas. Es dar demasiada confianza a sus maridos, estudiante. ¿Os parece en su punto este substancioso caldo, señora?

—Quizás un poquillo recargado de sal, ¿no, señor?—sonrió Mary Dear.

—¡Y de vinagre!—acotó Lucientes, también sonriente.

La sonrisa del Pirata Negro complementó las ironías.

—Pido perdón en nombre de mi cambusero. Un hombre metido en la cocina o resulta una calamidad o resulta la mejor de las

cocineras. Cuando guiséis para vuestro esposo, dadle miel y manjares dulces. Le encantan..

—Procuraré recordarlo, señor.

—Me creí que no te agradaría nuestra presencia, señor Lezama.

—Hubiese demostrado con ello cierta herida en mi amor propio, que sería de mal gusto citar, ¿no es así, señora?—rebatió el Pirata Negro con seca carcajada—. No quisiera ofender el amor propio del señor Lucientes, pero tengo que advertiros de una cosa, señora.

—Toda advertencia de nuestro anfitrión debe ser oída — dijo Mary Dear.

—Vuestro marido es como una estrella fugaz, de esas que parpadean brevemente en el horizonte. Ama impetuosamente por espacio de un mes, quizás dos, a lo sumo medio año. A vos, espero y deseo que os respete como esposa por espacio de un año…

—Procuraré, y lo conseguiré, que el amor de mi esposo dure muchos años, señor—dijo Mary Dear sonriendo.

Un vaso de cristal se quebró en añicos en la diestra del Pirata Negro. Se levantó:

—Excusadme, El calor altera mis nervios,

—Nunca has tenido nervios, señor Lezama.

El Pirata Negro miró por unos instantes a Diego Lucientes.

—Mi última advertencia Diego Lucientes. Terminad de cenar… ¡y que el diablo se os lleve! ¡No os quiero ver más! ¡Aunque tenga que pasarme los días en la cala hasta que lleguemos a Angostura! ¡Os cedo la camareta!

Cuando hubo salido con largas zancadas, Diego Lucientes sonrió.

—Querida Mary… Finges tan bien tu papel—musitó a su oído—que algunos instantes te creo mi esposa. Juego peligroso.

—No puedo… seguir más en esta comedia, Diego—susurró ella también a su oído—. Corres peligro…

—De enamorarme aún más de ti, Mary.



—Te besaría... ¡y no debo!

Puede él matarte en un acceso de ira...

—Serás viuda, y así te demostrará él su amor. Porque... ¡maldito sea yo por decírtelo! ¡Te ama!

Iluminóse el semblante de Mary Dear y su mano se aplicó contra los labios del madrileño.

—Algún día hallarás quien corresponda a tu amor, Diego... Que más que quererme a mí... quieres al amor, deseando hallar en quien prodigar tu recóndita ternura.

Levantóse el estudiante, desenlazando su mano de la de Mary Dear.

—Voy a cubierta, Mary. Te besaría... ¡y no debo!

* * *

El Pirata Negro contempló hoscamente a Diego Lucientes al darse vuelta en su solitario paseo por cubierta.

—Está la noche algo tormentosa, ¿no, señor Lezama?

—Algún que otro rayo he visto surcar el horizonte. ¿Y tu esposa?

—Es muy inglesa. Tiene jaqueca... Y he decidido que durante la travesía se quede sola, en su camarote, hasta llegar a Angostura. Yo dormiré en la cala.

—¿A santo de qué?

—Porque tu “Aquilón” no es una cuna para arrullos de recién

casados.

—Agradezco esta delicadeza. Pero ella, ¿lo agradecerá?

—La esposa obedecerá ciegamente cuanto el marido ordene—rió Diego Lucientes.

—Así sea—acotó el Pirata Negro—, Bella noche, estudiante!... Has hallado ya mujer para compartir tu soledad...

—También la hallarás tú, señor Lezama.

Ambos hombres anduvieron en silencio, durante largos instantes.

—Ya no surcará los mares el “Holandés Fantasma”—dijo Lucientes a quien el prolongado silencio empezaba a molestar. '.

—Otros fantasmas temo más, Diego Lucientes: Al fantasma de mis años que van desfilando inquietos, sin reposo... Me mantiene sonriente y en pie la esperanza de que mi hijo sabrá hallar la mujer que yo no puedo encontrar.

La diestra de Diego Lucientes buscó en la obscuridad la diestra del Pirata Negro.

—En pie y sonriente me mantiene le certidumbre de que pronto hallarás la mujer con que sueñas, caballero Lezama.

Las dos diestras fundiéronse en cordial apretón.

—A veces, te considero el único amigo que he tenido, Diego. Cabal y entero... aunque impertinente y asaz deslenguado.

—Cabal y entero eres tú, Carlos. Yo recogí de ti lo que te sobraba de impertinente y deslenguado.

—Venías ya bien surtido... Pasará esta noche sentimental, Diego. Noche en que, por la ausencia de la luna, y bailoteando los jirones de bruma, se alzan gigantes los fantasmas de la nostalgia. Mañana... volverás a ser el insolente Diego Lucientes... y nunca te llamaré Diego a secas.

—De acuerdo, Carlos. Mañana, tú serás también para mí el señor Lezama. El caballero Lezama... Así, a secas.

Siguieron paseando en silencio, y el “Aquilón”, cabeceando en la bruma abríase camino hacia el poblado español de Angostura...

FIN

Notas

[1] Ver *La tumba de los caballeros*<<

[2] Ver *Esclavitud y rescate*< <